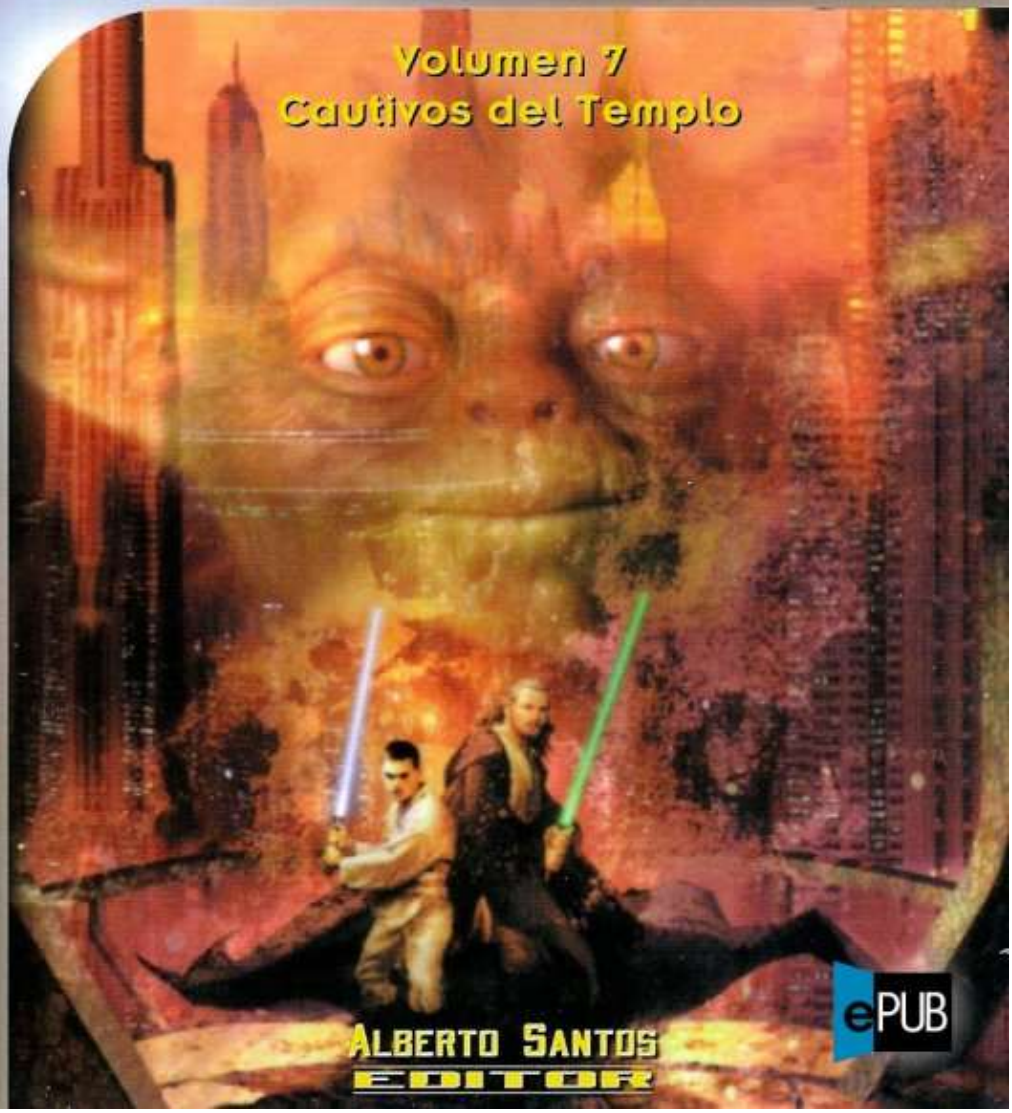
STAR WARS™

APRENDIZ DE JEDI

Volumen 7
Cautivos del Templo

JUDE WATSON



LUCAS BOOKS

ALBERTO SANTOS
EDITOR

ePUB

La paz por encima de la ira

El honor por encima del odio

La Fuerza por encima del miedo

El Templo Jedi está bajo ataque. Se hizo un intento de matar Yoda. Un peligroso intruso se ha infiltrado en los Jedi.

Todos están debajo sospecha, y nadie está a salvo de daños. Obi-Wan Kenobi y Qui-Gon Jinn deben llegar al corazón de la conspiración… o ver la destrucción del templo, desde adentro.

Aprendiz de Jedi 7

Cautivos del Templo

Jude Watson

Versión 1.1

08.07.13

Título original: *Jedi Apprentice: The Captive Temple*

Autora: Jude Watson

Traducción: Virginia de la Cruz Nevado

Publicación del original: abril 2000

44 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Meriba

Edición: Bodo-Baas, basado en la edición de LittleAngel para Epub Gratis

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

El cambio que había sufrido el Templo Jedi sorprendió a Obi-Wan Kenobi, incluso antes de entrar. Normalmente, el Templo era un lugar para la meditación y el estudio; aunque el silencio solía verse interrumpido por el sonido acallado de risas tras una puerta cerrada, voces agitadas de niños pequeños o el murmullo del agua de las fuentes.

Pero ahora ya no hay paz, pensó Obi-Wan. La calma era casi inquietante. No era el silencio habitual que acompañaba a los habitantes del Templo. Era la quietud cautelosa de un santuario asediado.

Obi-Wan, junto al que fuera su Maestro, Qui-Gon Jinn, estaba frente a la puerta cerrada de la Sala del Consejo Jedi. En cualquier momento les llamarían para entrar. Les habían pedido que volvieran al Templo por la más devastadora de las razones: alguien había atacado al Maestro Jedi Yoda.

Obi-Wan miró a Qui-Gon. Para un observador normal, podría parecer que Qui-Gon mantenía su usual compostura. Pero Obi-Wan le conocía bien y podía percibir la aguda aflicción que latía bajo el control.

El Templo se encontraba en estado de máxima seguridad. De esta forma, se había prohibido completamente la entrada a los extraños; pero ahora, incluso los Caballeros Jedi tenían órdenes de no acudir hasta nuevo aviso. Todas las entradas y salidas eran controladas, y nadie tenía permiso para marcharse a no ser que fuera por la más urgente de las misiones. Aunque la mayoría de los Jedi conocían de vista a Qui-Gon, tanto él como Obi-Wan tuvieron que pasar por un escáner de retina antes de entrar en el Templo desde el nivel del espaciopuerto.

Qui-Gon daba golpecitos con el dedo en la empuñadura de su sable láser. De repente se detuvo y su expresión se suavizó. Obi-Wan supo que Qui-Gon estaba buscando la Fuerza para encontrar su centro de calma.

Obi-Wan intentó controlar su propia aprensión, estaba ansioso por encontrar respuestas y lleno de especulaciones, pero no se atrevió a romper el silencio. Las relaciones entre él y su antiguo Maestro habían sido un tanto tensas desde que Obi-Wan había decidido que no podía seguir siendo el padawan de Qui-Gon. Había renunciado a su formación de Jedi para poder ayudar al joven pueblo de Melida/Daan a pacificar su planeta. Obi-Wan se estaba dando cuenta ahora del error que había cometido, Él era un Jedi de corazón. Lo único que deseaba era que le volvieran a aceptar en la Orden y volver a ser el padawan de Qui-Gon.

El Maestro Jedi le había dicho a Obi-Wan que le había perdonado por abandonar a los Jedi. Pero si le había perdonado de corazón, ¿por qué surgía ese silencio tenso entre ellos? Qui-Gon era un hombre reservado, pero Obi-Wan había aprendido a contar con el cariño y el respeto que a menudo veía en los ojos de su antiguo Maestro, así como con sus ocasionales dosis de humor.

Obi-Wan sabía que una vez que le llamaran para entrar a la Cámara del Consejo, su propio destino estaría sellado. Se le aceleró el corazón al pensar que quizás el Consejo

había votado en favor de su regreso. Le había dicho a Yoda que lamentaba profundamente su decisión y esperaba que el Maestro Jedi intercediera por él.

Obi-Wan se puso una mano en la frente. La ansiedad le había hecho sudar. ¿O es que hacía más calor del normal en el Templo?

Estaba a punto de preguntar a Qui-Gon cuando la puerta de la Cámara del Consejo se abrió con un siseo. Obi-Wan entró en la sala detrás de su Maestro. Los doce miembros del Consejo estaban sentados en semicírculo en la Cámara. La luz gris inundaba la habitación desde los enormes ventanales que daban a las torres y agujas blancas de Coruscant. En el exterior, las delgadas nubes parecían finas sábanas metálicas. De vez en cuando, se abrían y se veía el destello plateado de las alas de una nave reflejando un rayo de sol.

Obi-Wan sólo había estado unas pocas veces en la Sala del Consejo. Siempre se quedaba asombrado por la intensidad de la Fuerza en aquel lugar. Con tantos Maestros Jedi en el mismo sitio, el aire parecía cargado.

Sus ojos buscaron de inmediato a Yoda. Fue un alivio para él ver al Maestro Jedi sentado en su sitio habitual, aparentemente tranquilo y saludable. La mirada de Yoda pasó por él inexpresiva y fue a parar a Qui-Gon. Obi-Wan sintió una punzada de preocupación. Ojalá la mirada de Yoda hubiera sido más tranquilizadora.

Qui-Gon tomó asiento en el centro de la habitación y Obi-Wan se sentó junto a él.

Uno de los miembros más antiguos del Consejo, Mace Windu, no perdió el tiempo con preliminares.

—Gracias por venir —dijo con su habitual solemnidad y frunció el ceño con gesto preocupado—. Para ser sincero, este suceso nos ha conmocionado. El Maestro Yoda, como de costumbre, se levantó antes del amanecer para meditar y fue a la Estancia de las Mil Fuentes. Antes de llegar a un puentecillo, percibió una emanación del Lado Oscuro de la Fuerza. Dudó un momento, escuchando a la Fuerza y, en esa milésima de segundo, explotó un dispositivo colocado bajo el puente. La intención era asesinar a Yoda. Afortunadamente, no es tan fácil engañarle.

Mace Windu se detuvo. Un temblor colectivo recorrió a todos los presentes en la Sala del Consejo. Muchas personas dependían de la sabiduría de Yoda.

—Mace Windu —dijo Yoda cortésmente—, aquí con vosotros ahora estoy. Detenernos en el posible pasado no debemos. Sí en la solución centrarnos.

Mace Windu asintió.

—El Maestro Yoda pudo ver a alguien que llevaba un hábito de meditación. Estaba agachado bajo una cascada y luego desapareció entre la corriente.

—Fuerte en el Lado Oscuro él era —dijo Yoda asintiendo.

—Sabemos que Bruck Chun no ha abandonado el Templo desde que descubriste que era el culpable de los robos —dijo Mace Windu a Qui-Gon—, pero aún no sabemos con quién está aliado. Sólo sabemos que hay un intruso en el Templo.

—¿Se le ha vuelto a ver? —preguntó Qui-Gon.

—No —dijo Mace Windu, y sacó una hoja del posabrazos de su sillón—. Pero esta mañana un estudiante encontró esto. Lo dejaron ante la puerta de una Sala de Meditación.

Qui-Gon cogió la hoja que Mace Windu le entregaba. La leyó y después se la dio a Obi-Wan.

Meditad sobre esto, Maestros. La próxima vez no fallaré.

Mace Windu descansó las manos en los posabrazos.

—Evidentemente, todo esto ha sido el centro de nuestros debates y reflexiones. Percibimos al Lado Oscuro en funcionamiento. Y, por si fuera poco, parece que el intruso se las ha arreglado para sabotear nuestra estructura central de energía. Quizás os hayáis dado cuenta del calor que hace. Tenemos un extraño problema con el aire acondicionado. Cada vez que Miro Daroon arregla algo en el Centro Técnico, surge otra avería en otra parte. También ha habido varios problemas con los sistemas de iluminación y comunicación en algunas zonas del Templo. Miro apenas puede con todo.

Obi-Wan estaba perplejo. Mace Windu no le había mirado ni una sola vez durante su discurso informativo. ¿Qué hacía él allí? Técnicamente no era un Jedi, ya que el Consejo no le había ofrecido que volviera. Y, desde luego, tampoco era el padawan de Qui-Gon.

En ese momento, todos los rostros del Consejo se volvieron hacia él. La intensa mirada de Mace Windu estudió su expresión. Obi-Wan luchó por recordar su entrenamiento de Jedi para mantener la compostura. No era agradable tener a doce Maestros Jedi contemplándole. La penetrante mirada de Mace Windu era la más severa de todas. Sus ojos oscuros parecían llegar a lo más profundo del corazón, como si husmearan entre sentimientos secretos de los que ni siquiera uno mismo era consciente.

—Obi-Wan, esperamos que tengas alguna información sobre lo que se propone Bruck Chun —dijo Mace Windu con seriedad.

—Yo no era su amigo —dijo Obi-Wan sorprendido.

—Eras su rival —dijo Mace Windu—. Eso podría sernos todavía más útil.

Obi-Wan estaba un tanto confuso.

—Pero yo no conocía bien a Bruck. Podría predecir sus movimientos en un duelo de sables láser, sí; pero no podría decir lo que tiene en la cabeza o en el corazón.

Nadie dijo nada. Obi-Wan se esforzó por ocultar su aprensión. Había decepcionado a los Maestros Jedi una vez más. No había en toda la habitación un rostro amistoso. Ni siquiera Yoda le animaba. Quiso secarse las palmas de las manos en su túnica, pero no se atrevió.

—Por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano para ayudar —añadió rápidamente—. Sólo tenéis que decirme lo que queréis que haga. Puedo hablar con sus amigos…

—No es necesario —le interrumpió Mace Windu, entrelazando las manos—. Hasta que el Consejo tome una decisión, te rogamos que no interfieras en los asuntos del Templo a no ser que te lo pidamos expresamente.

Obi-Wan se sintió herido.

—¡El Templo es mi hogar! —exclamó.

—Evidentemente, y eres bienvenido aquí hasta que se resuelva tu situación —dijo Mace Windu—. Todavía queda mucho por discutir.

—Pero una amenaza real se cierne sobre el Templo —discutió Obi-Wan—. Necesitáis ayuda. Y yo no estaba aquí cuando se produjeron los pequeños robos. Soy de los pocos estudiantes Jedi que pueden descartarse de la lista de sospechosos. Tal vez alguien ayudó a Bruck. Yo podría investigarlo.

Para su tristeza, Obi-Wan se dio cuenta de que había cometido un error. Debería haber sabido que era un error pedir al Consejo que le admitieran de nuevo basándose en el hecho de que podía ser útil en un momento de crisis.

La mirada severa de Mace Windu le cortó como el hielo.

—Creo que los Jedi pueden arreglárselas para resolver la crisis sin tu ayuda.

—Por supuesto —dijo Obi-Wan—, pero me gustaría decirles a todos los Maestros Jedi que me siento profundamente arrepentido de mi decisión. Me pareció bien en su momento, pero ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba. No hay nada que desee más que recuperar lo que tenía antes. Quiero ser un padawan. Quiero ser un Jedi.

—Recuperar lo que antes tenías no puedes —dijo Yoda—. Diferente eres. Diferente es Qui-Gon. Cada momento más diferente te hace. Cada decisión un coste tiene.

Ki-Adi-Mundi tomó la palabra.

—Obi-Wan, no solamente has traicionado la confianza de Qui-Gon, sino la confianza del Consejo. No pareces ser consciente de ello.

—¡Claro que lo soy! —exclamó Obi-Wan—. Me hago responsable y lo siento de veras.

—Tienes trece años, Obi-Wan. Ya no eres un niño —dijo Mace Windu frunciendo el ceño—. ¿Por qué hablas como si lo fueras? Disculparse no hace desaparecer la ofensa. Interferiste en los asuntos internos de un planeta sin la aprobación oficial de los Jedi. Desafiaste las órdenes de tu Maestro. Un Maestro depende de la lealtad de su padawan, al igual que el padawan depende de la de su Maestro. Si esa confianza se rompe, el lazo se deshace.

Obi-Wan entrecerró los ojos ante las hirientes palabras de Mace Windu. No esperaba que el Consejo fuera tan severo. No podía mirar a Qui-Gon. Sus ojos se encontraron con los de Yoda.

—Oscuro tu camino está, Obi-Wan —dijo Yoda algo más amablemente—. Dura la espera es. Pero a que se aclare tu destino esperar debes.

—Ahora puedes irte, Obi-Wan —dijo Mace Windu—. Tenemos que hablar con Qui-Gon en privado. Ve a tu antiguo dormitorio.

Bueno, eso ya es algo, se dijo Obi-Wan. Luchó por mantener la dignidad al inclinarse ante el Consejo, pero sabía que sus mejillas ardían de vergüenza al abandonar la habitación.

Capítulo 2

Obi-Wan se sintió aliviado cuando escuchó la puerta sisear a sus espaldas. No habría aguantado ante los Maestros ni un segundo más. En ningún momento pensó que su primer encuentro con ellos iría tan mal.

Vio a una delgada figura al otro extremo de la sala a la que había salido, y se sintió algo más relajado.

—¡Bant! —llamó.

—Te estaba esperando —dijo Bant acercándose, con los ojos plateados iluminados. Su piel color salmón contrastaba con la túnica azul pálido.

—Qué alegría ver a alguien agradable —dijo Obi-Wan. Bant le observó detenidamente.

—No ha ido bien.

—No podría haber ido peor.

Ella abrazó a Obi-Wan, que percibió el olor a sal y a mar, un olor único que siempre asociaba a Bant; porque, en Bant, hasta la sal olía dulce. La chica era calamariana, y por tanto anfibia, y necesitaba la humedad para vivir. Su habitación estaba siempre llena de vapor, y se bañaba varias veces al día.

—Vámonos —murmuró Bant.

Él no tuvo que preguntar adónde. Cogieron el turboascensor y descendieron hasta el nivel del lago. Era su lugar especial. Cuando acababan los largos días de clases y entrenamiento, no había nada que le gustara más a Bant que meterse en el agua para darse un largo baño. Obi-Wan se unía a ella a menudo, aunque a veces se quedaba sentado en la orilla, viendo cómo ella se deslizaba elegantemente bajo el agua verdosa.

Salieron del turboascensor y fueron hacia lo que parecía un precioso día soleado en la superficie de un planeta. Pero ambos sabían que el sol dorado en el cielo azul era realmente una batería de focos dispuesta en la elevada cúpula del techo. El suelo bajo sus pies tenía matorrales floridos y árboles frondosos. La zona del lago estaba desierta. Obi-Wan no veía a nadie nadando ni paseando por ninguno de los muchos senderos.

—Se ha pedido a los estudiantes que cuando no estén en clase permanezcan en sus habitaciones, en los comedores o en las Salas de Meditación —dijo Bant—. No es una orden, es sólo un ruego. El ataque a Yoda ha aumentado las precauciones.

—Fue algo estremecedor —dijo Obi-Wan.

—¿Y qué ha pasado contigo? —preguntó Bant—. ¿Qué te ha dicho el Consejo?

La amargura inundó a Obi-Wan.

—No van a aceptarme de nuevo. Bant le miró asombrada.

—¿Te lo han dicho ellos?

Obi-Wan miró el lago con los ojos ardiendo.

—Bueno, no, no con esas palabras, pero su actitud era muy severa. Dicen que tengo que esperar. ¿Qué voy a hacer, Bant?

Ella le miró con sus enormes ojos plateados llenos de compasión.

—Esperar. Él se dio la vuelta impaciente.

—Pareces Yoda.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Pero, Obi-Wan, lo que hiciste fue una ofensa grave. No tanto como para provocar una expulsión irrevocable —añadió rápidamente al ver la expresión de Obi-Wan—, pero el Consejo tendrá que poner a prueba tu sinceridad. Se reunirán contigo varias veces. Son compasivos, Obi-Wan, pero tienen que proteger a toda costa la Orden Jedi. Y es bueno que eso sea así. El camino de los Jedi puede ser muy difícil, y el Consejo tiene que asegurarse de que estás totalmente comprometido. De que todos estamos totalmente comprometidos.

—Yo estoy totalmente comprometido —dijo Obi-Wan acalorado.

—¿Pero cómo puede el Consejo estar seguro de eso? —preguntó Bant dulcemente—, y ¿cómo lo puede estar Qui-Gon? Porque ese compromiso ya lo aceptaste antes, cuando te uniste a él por primera vez.

La ira inundó a Obi-Wan. Una ira que nacía de la frustración. Sabía que Bant no quería herirle. Ahora ella le miraba con ojos cariñosos y preocupados, y con miedo de haberle ofendido.

—Ya veo que tú también me culpas —dijo él rápidamente.

—No —dijo ella con calma—, te estoy diciendo que llevará más tiempo del que crees, quizá más tiempo del que te sientas capaz de soportar; pero el Consejo cederá y verá lo que yo veo.

—¿Y qué ves? —preguntó Obi-Wan irónico—. ¿A un niño lleno de rabia? ¿A un tonto?

—A un Jedi —dijo ella suavemente, y era lo mejor que podía haber dicho.

De repente, un pensamiento vino a la cabeza de Obi-Wan. ¿Qué pasaría si el Consejo quería que volviera, pero Qui-Gon no? En el supuesto de que el Consejo le permitiera volver a ser un estudiante Jedi, él ya tenía trece años y, por tanto, había pasado el límite para ser elegido por un Caballero Jedi como padawan. ¿Quién iba a elegirle si no era Qui-Gon?

Él no quería otro Maestro, pensó Obi-Wan desesperado. *Quería a Qui-Gon*.

Sin que Obi-Wan se diera cuenta, habían llegado paseando hasta la otra orilla del lago, donde había una pequeña ensenada en la que a Bant le gustaba nadar. La joven entró en el agua y sonrió al notar la frialdad del líquido en los tobillos.

—Cuéntame cosas de Melida/Daan —dijo—. Nadie sabe lo que pasó allí. ¿Qué fue lo que hizo que te comprometieras con su causa y nos abandonaras?

Obi-Wan se quedó helado. Tal vez fue el atisbo de sonrisa que vio en el rostro de Bant al formular la pregunta, o cómo se reflejaba la luz en el agua, o sus ojos plateados, que le miraban llenos de confianza, o la cantidad de vida en aquel instante, tan bello, que casi le cegó.

No podía contarle lo de Cerasi. Con tanta vida rodeándole, ¿cómo podía hablar de la muerte?

Y, de repente, Obi-Wan se quedó sin palabras. Nunca había tenido ningún problema a la hora de hablar con Bant. ¿Pero qué podía contarle?

En Melida/Daan vi a una amiga morir delante de mí. Vi la vida en sus ojos estremecerse y desaparecer. La cogí en mis brazos. Sentí que otro querido amigo me daba la espalda. Un camarada de armas me traicionó. Y yo traicioné a mi Maestro. Una cadena de traiciones y una muerte que han marcado mi corazón para siempre.

No podía decirle esas cosas. Estaban enterradas en lo más profundo de su corazón.

Cuando todo esto haya acabado se lo contaré. Cuando tengamos tiempo.

—Pero yo quiero saber de ti —le dijo él cambiando de tema—. Pareces distinta. ¿Has crecido desde la última vez que te vi?

—Puede que un poco —dijo Bant, encantada. Siempre le había molestado su corta estatura—. Ahora ya tengo once años.

—Pronto serás una padawan —se mofó Obi-Wan. Pero Bant no pilló el tono burlón. Se puso seria y asintió.

—Sí. Yoda y el resto del Consejo piensan que estoy preparada.

Obi-Wan se quedó de una pieza. Dada su baja estatura y su carácter confiado, Bant siempre había parecido incluso más joven de lo que era. Siempre había ido detrás de él y de sus colegas, Reeft y Garen Muln.

—Eres demasiado joven para ser elegida —dijo él.

—No es la edad lo que marca el punto de inflexión, sino la capacidad —respondió Bant.

—Ahora pareces Yoda otra vez. Bant soltó una risilla.

—Estoy citando a Yoda.

—¿Y qué pasa con Garen? —preguntó Obi-Wan.

—Garen está recibiendo un seminario de pilotaje avanzado —respondió Bant—. Yoda opina que tiene unos reflejos especialmente agudizados. Los Jedi necesitan pilotos para las misiones. Ahora está en clase en el simulador, por eso no ha venido a verte.

—¿Y dónde está Reeft? —preguntó Obi-Wan sonriendo—. ¿En el comedor?

Bant rió. Su amigo dresseliano era conocido por disfrutar enormemente de la comida.

—Fue elegido padawan de Binn Ibes. Está fuera en su primera misión.

Una punzada recorrió a Obi-Wan. Así que Reeft ya era un padawan, Bant lo sería pronto y a Garen le habían escogido para misiones especiales. Todos sus amigos avanzaban rápidamente mientras él se quedaba en el mismo sitio. No, peor todavía, mientras él retrocedía a cada paso. Había sido el primero en abandonar el Templo y ahora iba a ser el que se quedara en la plataforma de despegue, diciendo adiós a sus amigos a medida que se fueran yendo uno tras otro. Se dio la vuelta para que Bant no pudiera ver la tristeza en su rostro.

—¿Y qué pasa con Qui-Gon? —preguntó Bant—. ¿Sabes si él te aceptará de nuevo cuando el Consejo lo haga?

Así era Bant. Siempre se las arreglaba para dar en la diana. Y dado que ella hablaba con el corazón en la mano, esperaba que el resto hiciera lo mismo.

—No lo sé —dijo Obi-Wan, y se agachó para pasar una mano por el agua, intentando ocultar su rostro.

—¿Sabes? —dijo Bant—, al principio Qui-Gon me imponía un poco. Me daba un poco de miedo, pero luego me di cuenta de lo amable que es. Estoy segura de que las cosas se arreglarán entre vosotros dos.

—No sabía que conocieras a Qui-Gon —dijo Obi-Wan sorprendido.

—Sí —dijo Bant—, le ayudé a él y a Tahl con la investigación de los robos cuando estabas en Melida/Daan.

Picado por la curiosidad, Obi-Wan se volvió para preguntarle por aquello, pero un extraño ruido le interrumpió. Bant y Obi-Wan levantaron la mirada. Un sonido rechinante surcó el aire.

Miraron hacia arriba. Al principio sólo vieron lo que era de esperar: el sol brillando en el cielo azul. Entonces, todo pareció suceder al mismo tiempo. La luz bajó de intensidad y, de repente, un objeto atravesó el cielo con un estruendo. Un cielo que resultó ser una pantalla falsa. Los esqueletos de las pasarelas y las baterías de focos quedaron al descubierto. Parte de un túnel horizontal se quedó colgando en el aire.

—¡Es el turbotransporte! —dijo Bant horrorizada—. ¡Va a caerse!

Capítulo 3

Obi-Wan lo vio todo rápidamente, pero con la claridad que permite la cámara lenta. El turbotransporte atravesaba la inmensa estancia por su parte superior, cruzando el lago y los senderos que lo bordeaban. Normalmente no se veía debido al brillo de las enormes baterías de iluminación, pero una parte del transporte se había salido del túnel cilíndrico por el que discurría y se había llevado por delante unos focos.

—Los propulsores deben de haber reventado —adivinó Obi-Wan—. Está colgando de un cable.

—Ese turbotransporte conecta la guardería y el centro de cuidados de los niños pequeños con los comedores —dijo Bant con los ojos clavados en el aparato—. Podría estar lleno de niños.

Apartó la mirada.

—No tengo mi intercomunicador —dijo Obi-Wan rápidamente—. Se me estropeó en Melida/Daan.

—Yo iré —decidió Bant—. Tú quédate por si… se cae. Bant se alejó corriendo. Obi-Wan sabía que iba a por la unidad de intercomunicación que había en la entrada del lago. No podía apartar los ojos del turbotransporte. El túnel por el que discurría se balanceó ligeramente. En cualquier momento podía caer al lago.

Pero el turbotransporte aguantaba.

No podía quedarse ahí de pie sin hacer nada. Obi-Wan examinó el área técnica que se hallaba sobre su cabeza. Nunca se había fijado en la cantidad de pasarelas que había. Si los niños conseguían salir del turbotransporte, podrían escapar por las pasarelas hasta el nivel del servicio técnico…

El pensamiento cruzó su mente y él corrió hacia la puerta de servicio escondida entre los arbustos. Entró y pulsó el botón de llamada del turboascensor. No pasó nada. Obi-Wan se dio la vuelta y vio una estrecha escalera.

Subió los escalones de dos en dos. Las piernas le palpitaban y los músculos le tiraban mientras ascendía. Aun así, no flaqueó.

Por fin llegó al nivel superior. Un túnel conducía a una serie de puertas marcadas con números: B27, B28, B29, etcétera. ¿Qué puerta llevaría a la pasarela más cercana al dañado turbotransporte?

Obi-Wan se detuvo. Su corazón latía desbocado. No podía perder tiempo, pero lo haría si no tomaba la decisión correcta. Intentó imaginar que se encontraba en el piso inferior para poder localizar en su mente la ubicación correcta del turbotransporte averiado. Comenzó a andar por el túnel, dejando atrás las puertas, hasta que estuvo seguro de estar en el punto más cercano al transporte. Pulsó el botón de acceso en la puerta B37, que siseó al abrirse, y salió a una pequeña plataforma.

El turbotransporte seguía colgando en mitad del gigantesco espacio. Si recorría la pasarela llegaría a la parte del túnel que permanecía intacta. Desde allí, utilizando su

sable láser, podría hacer un agujero en el túnel para meterse dentro e ir andando hasta el turbotransporte.

Eso si el túnel no se partía vencido por su peso…

Obi-Wan sabía que tenía que intentarlo. Miró hacia abajo desde la pasarela y vio que Bant aún no había llegado con ayuda. Si el transporte de servicio estaba estropeado quizá también lo estuviera la unidad de intercomunicación.

Obi-Wan atravesó rápidamente la pasarela rodeado por enormes baterías de focos. Entre ellas podía ver el reflejo cristalino del lejano lago. Hasta los gigantescos árboles parecían diminutos desde aquella altura.

Cuando llegó a la parte del túnel que se curvaba cerca de la pasarela, Obi-Wan activó su sable láser. Despacio y con cuidado, abrió un agujero en la superficie metálica. No quería que el fragmento cortado cayera dentro del túnel. Luego se volvió a colocar el sable láser en el cinturón.

Obi-Wan se subió a la barandilla. Ahora no había nada entre él y el lago, que estaba a cientos de metros por debajo. No oía ningún ruido procedente del turbotransporte, pero sentía angustia y miedo. Podía percibir que había niños atrapados dentro.

Obi-Wan se deslizó dentro del túnel. Sin soltar la barandilla, comprobó si su peso era excesivo. El túnel no se movió ni hizo ningún ruido. Aguantaría. Se soltó de la pasarela, preparado para retroceder rápidamente en caso de que el túnel se balanceara, pero no se movió.

Tendría que ir despacio. Si corría, la vibración podía desprender el túnel de la pared. Obi-Wan apartó de su mente la imagen de los niños atrapados cayendo hacia el lago y comenzó a andar. El túnel estaba oscuro. El muchacho activó el sable láser para poder ver y distinguió la forma del turbotransporte. Al acercarse, pudo escuchar la voz profunda de un cuidador Jedi y el murmullo ocasional de algún niño.

Avanzaba terriblemente despacio, pero por fin llegó a la pared del turbotransporte y dio varios golpecitos con los dedos.

—Soy Obi-Wan Kenobi —dijo—. Estoy en el túnel de transporte.

—Soy Ali-Alann —dijo la voz profunda—. Soy el cuidador de los niños.

—¿Cuántos hay?

—Diez niños y yo.

—La ayuda está en camino.

La voz de Ali-Alann no mostraba ningún signo de nerviosismo.

—Los propulsores se estropearon uno detrás de otro. Sólo nos queda uno. La unidad de intercomunicación no funciona y la escotilla de salida no se abre. Yo no llevo sable láser.

Obi-Wan sabía lo que le estaba diciendo Ali-Alann. El último motor propulsor podría dejar de funcionar en cualquier momento. Estaban atrapados.

—Aparta a los niños de este lado —le dijo Obi-Wan.

Obi-Wan cortó un agujero en la pared del turbotransporte, de nuevo con más lentitud de la que hubiera deseado. El metal cedió, pero no se separó del transporte. Bien. Obi-

Wan sostenía el sable láser como si fuera una antorcha. El brillo revelaba las caras angustiadas y serias de los niños, así como el evidente alivio en el rostro de Ali-Alann.

—Tenemos que ir muy despacio —dijo Obi-Wan a Ali-Alann. Luego bajó la voz para que los niños no le oyeran—. El túnel no aguantará mucho. No estoy seguro de cuánto peso puede soportar.

Ali-Alann asintió.

—Entonces los sacaremos de uno en uno.

El proceso fue dolorosamente lento. Los niños eran todos menores de cuatro años. Sabían andar, claro, pero Obi-Wan pensó que era mejor llevarlos en brazos. Ali-Alann le alcanzó al primero, una pequeña humana que, confiada, rodeó a Obi-Wan con sus brazos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

La niña era pelirroja y tenía el pelo anudado en trenzas alrededor de la cabeza. Sus ojos marrones estaban muy serios.

—Honi. Tengo casi tres años.

—Vale, Honi de casi tres años, agárrate a mí.

La niña apretó la cabeza contra su pecho. Obi-Wan salió de nuevo al túnel. Cuando llegó a la abertura sujetó con un brazo a Honi y, con el otro, agarró la barandilla de la pasarela. Entrar en ella sería un ejercicio de perfecto equilibrio.

Escuchó pasos y, en un segundo, Qui-Gon estaba en la pasarela extendiendo los brazos.

—Yo cojo a la niña. Obi-Wan se la alcanzó.

—Quedan otros nueve, además de Ali-Alann —dijo.

—Los Maestros están abajo —dijo Qui-Gon—, utilizan la Fuerza para sujetar el turbotransporte.

En ese momento Obi-Wan pudo sentirlo. Una enorme expansión de la Fuerza, potente y profunda. Miró hacia abajo. Los miembros del Consejo estaban en círculo, concentrándose en el turbotransporte.

—Aun así, yo no perdería tiempo —dijo Qui-Gon con frialdad tras depositar a Honi en el suelo sana y salva.

Obi-Wan volvió al turbotransporte. Fue sacando a los niños uno a uno y se los fue pasando a Qui-Gon. Los niños ya habían recibido entrenamiento sobre la calma y la Fuerza. Ninguno gimoteaba ni lloraba, aunque algunos tenían serios problemas para contenerse. Había confianza en sus ojos y se mostraban relajados a la hora de dejarse llevar y ser depositados sobre una pequeña pasarela a cientos de metros por encima del lago.

Cuando sólo quedaban dos niños, Ali-Alann cogió a uno y Obi-Wan se ocupó del último, un pequeño de tan sólo dos años. Obi-Wan esperó a que Ali-Alann cruzara el túnel. Oyó un crujido y supo que Ali-Alann estaba entrando lentamente en la pasarela. El Jedi era alto y fuerte, con una complexión parecida a la de Qui-Gon. Obi-Wan notó que la estructura del túnel se debilitaba con el movimiento de Ali-Alann.

Entonces, el cuidador sacó al niño y después salió a la pasarela. Obi-Wan hizo el viaje por última vez. Sentía el túnel balanceándose con cada paso, pero sabía que si corría terminaría de desprenderlo. Entregó el niño a Qui-Gon y se deslizó a la pasarela. El túnel se balanceó, pero no se partió. Obi-Wan miró hacia abajo y vio a los Maestros Jedi formando un círculo, concentrándose en el túnel que colgaba sobre sus cabezas.

Los Caballeros Jedi habían ido bajando a los niños por tandas. Obi-Wan siguió a Ali-Alann y a Qui-Gon por la larga escalera de caracol hasta el lago. Ya abajo, sintió un gran alivio. Los niños estaban a salvo.

Obi-Wan caminó tras Qui-Gon hasta la orilla del lago, donde esperaban los Maestros. Bant tenía un niño en los brazos al que hablaba en voz baja. Yoda puso una mano sobre la cabeza de otro. Mantenían el ambiente en calma para que los niños no se asustaran con la experiencia.

—Lo habéis hecho muy bien, niños —dijo Mace Windu, haciendo gala de una de sus escasas sonrisas—. La Fuerza estaba con vosotros.

—Y Ali-Alann estaba allí también —intervino Honi con tono sincero—. Nos contó cuentos.

Sonriendo, Mace Windu le acarició el pelo.

—Ali-Alann os llevará ahora al comedor, pero no en el turbotransporte.

Los niños rieron. Se arremolinaron alrededor de Ali-Alann, adorando a su alto y amable cuidador.

—Bien has manejado esto, Ali-Alann —le dijo Yoda. Los miembros del Consejo asintieron.

—La Fuerza estaba con nosotros —repitió Ali-Alann, y se llevó a los niños.

—Y tú, joven Bant —continuó Mace Windu, volviéndose hacia ella—. Tú también mereces elogios. Mantuviste la calma cuando viste que el intercomunicador del lago estaba roto. La velocidad con la que obtuviste ayuda es admirable.

—Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo —respondió Bant.

—No, Bant —subrayó Qui-Gon—. Fue sabio por tu parte venir directamente a la Sala del Consejo. Y tu calma frente a un auténtico peligro ha sido propia de un verdadero Jedi.

Bant se puso roja.

—Gracias. Sólo quería ayudar a los niños.

—Y así lo hiciste —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan sintió una punzada de celos y nostalgia. La calidez de los ojos y la voz de Qui-Gon eran inconfundibles.

Obi-Wan esperó a que el Consejo le hiciera algo de caso. No es que hubiera salvado a los niños para que le elogiaran, pero no podía evitar alegrarse por haber tenido una oportunidad de serle útil al Templo. Al menos el Consejo había visto lo mejor de él.

—En lo que a ti respecta, Obi-Wan —dijo Mace Windu volviéndose hacia él—, mereces agradecimiento por el rescate de los niños. Demostraste ser rápido de pensamiento.

Obi-Wan abrió la boca para responder con humildad, como debería hacer un Jedi, pero Mace Windu siguió hablando.

—Sin embargo —continuó—, también has demostrado que la impulsividad es tu punto débil. El mismo punto débil que nos hace dudar de tu capacidad para ser un Jedi. Actuaste por tu cuenta y no esperaste ni ayuda ni consejo. Podrías haber puesto en peligro la vida de los niños sin necesidad. El túnel podría haberse roto.

—Pero lo probé antes de entrar, y me moví con cuidado. Y… y la ayuda no llegaba —dijo Obi-Wan tartamudeando. No podía creer que el Consejo estuviera cuestionando sus actos.

Mace Windu se dio la vuelta para marcharse. Obi-Wan seguía oyendo sus propias palabras en su cabeza, y se dio cuenta de que sonaba como si se estuviera disculpando. Bant le miraba apenada.

—Por favor, no vuelvas a interferir —dijo Mace Windu—. El Consejo decidirá ahora lo que hay que hacer con el túnel. Tenemos que clausurar esta zona.

Qui-Gon apoyó una mano en el hombro de Bant, y se fueron juntos tras los miembros del Consejo.

Obi-Wan miró cómo se alejaban. Creía que aquel día no podía empeorar, pero había ido a peor. Para el Consejo, Obi-Wan no hacía nada bien.

Y para Qui-Gon, no valía nada en absoluto.

Capítulo 4

Habían sido demasiado duros con él, pensó Qui-Gon cuando dejó a Bant y procedió a reunirse con Yoda. Obi-Wan había actuado de forma impulsiva, de acuerdo, pero Qui-Gon habría hecho exactamente lo mismo.

Lo peor era que no podía interferir en la amonestación del Consejo. Y, además, había aprendido a confiar en su sabiduría en lo referente a esos temas. Sin duda era mejor que Obi-Wan reflexionara sobre su impulsividad, dado que fue eso precisamente lo que le hizo abandonar la senda Jedi. Mace Windu, Yoda y el Consejo siempre tenían una razón para ser severos. Así que, aunque quería estar con Obi-Wan, le dejó solo para que el chico pensara en lo que había dicho Mace Windu.

Obi-Wan se había arriesgado. No había duda. A Qui-Gon le temblaron las piernas por un momento mientras recordaba cómo se había sentido cuando había llegado al lago y había descubierto que Obi-Wan estaba en el túnel del turbotransporte. Sintió un escalofrío de temor. ¿Qué hubiera pasado si el túnel se hubiera partido antes de llegar los Maestros? ¿Y si Obi-Wan hubiera muerto? Ese pensamiento hizo que su corazón casi se detuviera por un momento.

Pero retomó el ritmo acelerado. Había aprendido mucho en las últimas semanas sobre las sorpresas que puede dar el corazón. Estaba empezando a darse cuenta de lo intrincados y profundos que eran los lazos entre él y su anterior padawan.

Pero tenía que centrarse en el problema que le ocupaba. Cualquier otro tema pendiente tendría que esperar.

***

Yoda estaba en mitad del blanco espacio diáfano de la Cámara de Seguridad de la torre central, en la que no había posibilidad alguna de ser espiados.

—Por Miro Daroon confirmado está —dijo Yoda a Qui-Gon—. Sabotaje fue. Un temporizador en los propulsores, y un virus en el núcleo central que las tuberías del transporte y las unidades de intercomunicación de la zona bloqueaba. Encontrar a esta persona debemos, Qui-Gon. A por los niños ahora va. Que Bruck pueda estar involucrado en este asunto, extraño me parece —concluyó.

—El último motor aguantó —señaló Qui-Gon—. No creo que quisiera hacer caer el turbotransporte.

Yoda se volvió hacia él.

—¿Tanteándonos el intruso está? ¿Por una broma la vida de los niños en peligro poniendo está?

—Quizá haya otro motivo —dijo Qui-Gon—. Todavía no lo tengo claro. Al principio pensé que los pequeños robos estaban destinados únicamente a irritar y molestar. Ahora me pregunto otra cosa. Los objetos robados parecen haber servido para varios propósitos. La caja de herramientas de la servounidad fue empleada, probablemente, para desmantelar los propulsores. El intruso utilizó el hábito de meditación del profesor para

poder moverse libremente, sobre todo por la mañana temprano, que es cuando meditan la mayoría de los Caballeros.

—¿Y el equipo deportivo del estudiante de cuarto año? —preguntó Yoda.

—Todavía no significa nada —dijo Qui-Gon—. Y luego están los expedientes robados de la escuela. Sólo los de los estudiantes de la A a la H. El apellido de Bruck es Chun. Estoy seguro de que los archivos fueron robados para ocultar algo sobre él.

Yoda asintió.

—Reunir la información tiempo llevará. Algo que no sabes, Qui-Gon, es que esta época especial para los Jedi es. Una misión secreta para el Senado hemos emprendido. Junto a nuestro tesoro una gran remesa de vértex hay guardada.

Qui-Gon no pudo evitar su expresión de sorpresa. El vértex era un mineral muy valioso. Tras ser extraído de las minas era cortado en cristales con formas distintas para ser utilizado como moneda. Muchos planetas empleaban el cristalino vértex en lugar de los créditos.

—La aceptación de semejante remesa precedentes no tiene —admitió Yoda, viendo la sorpresa de Qui-Gon—, pero el Consejo pensó que era lo mejor. Dos sistemas estelares hay, bloqueados en un conflicto a causa del cargamento. El acuerdo de paz casi terminado está. Si se descubre que el Templo es vulnerable guerra habrá —la voz de Yoda reflejó su preocupación—. Una guerra muy larga sería, Qui-Gon. Numerosas alianzas estos sistemas tienen.

Qui-Gon digirió la información. A menudo le sorprendía el hecho de que, aunque el Templo fuera un refugio, estuviera conectado de tantas y tan complicadas formas con la galaxia.

—No hay tiempo que perder —le dijo a Yoda—. Comenzaré a trabajar con Miro Daroon. He de averiguar cómo se las arreglan Bruck y el intruso para ir por el Templo sin ser vistos. Tendré que coordinarlo con Tahl.

Yoda parpadeó.

—¿Y Obi-Wan?

—El Consejo ha ordenado a Obi-Wan que permanezca al margen —respondió Qui-Gon sorprendido.

—Predigo que el chico encontrará de nuevo la forma de su ayuda ofrecer —dijo Yoda.

—¿Y yo tendré que rechazarla? —Yoda hizo un gesto con el brazo.

—Directamente implicado el chico no debería estar, pero fuera de todo esto yo no le dejaría.

Qui-Gon sonrió mientras se marchaba rápidamente. Era un consejo contradictorio, propio de Yoda. Y, aun así, los consejos del Maestro acababan teniendo siempre sentido.

Qui-Gon tomó un atajo y cruzó la Estancia de las Mil Fuentes para llegar al túnel de transporte que le llevaría directamente al Centro Técnico. Caminaba decidido por los laberínticos senderos, sin apenas prestar atención al entorno y concentrado en el problema que le preocupaba.

Entonces vio el puente destrozado en el que habían atacado a Yoda.

Qui-Gon se detuvo, con la mirada fija en el puente despedazado, y su pensamiento viajó al pasado. Hacía años se le había encomendado la misión de detener a un tirano que intentaba tomar un planeta en el Borde Exterior. La estrategia del tirano se basaba en una sencilla ecuación: interrupción + desmoralización + distracción = devastación.

Ése era el patrón, pensó Qui-Gon. Los ladrones habían seguido esa fórmula. Los pequeños hurtos habían interrumpido las clases y las actividades; el robo de los Cristales de Fuego Sanadores y el ataque a Yoda habían desmoralizado a muchos estudiantes; y el mal funcionamiento del aire acondicionado, las fisuras en el sistema de seguridad, y la destrucción de uno de los principales turbotransportes habían distraído la concentración de los Jedi para mantener el funcionamiento del Templo. ¿La misma fórmula malvada intentaba desbaratar el Templo? Ese tirano había muerto hacía años, pero ¿habría dado a conocer su maligna ecuación?

De repente, Qui-Gon pudo percibir una profunda perturbación en la Fuerza. Estaba en el aire que le rodeaba. Las sólidas rocas parecían brillar.

El Lado Oscuro estaba cerca.

La sensación se disipó. Las fuentes siguieron fluyendo, salpicando suavemente con el agua refrescante las mejillas del Jedi. Qui-Gon examinó minuciosamente la zona, cada hoja, cada sombra.

No vio nada fuera de lo normal, pero sabía que algo estaba acechando.

Capítulo 5

Obi-Wan decidió que necesitaba un nuevo intercomunicador ¿Y si volvía a suceder algo delante de sus ojos y tenía que pedir ayuda? ¿O qué pasaría en el supuesto de que Qui-Gon y el Consejo cambiaran de idea y le necesitaran?

Quizá me esté haciendo ilusiones, pero no me importa, pensó Obi-Wan. *Tengo que pensar como un Jedi, aunque el Consejo no quiera que lo haga*.

En lugar de dirigirse a su dormitorio, Obi-Wan se dirigió al Centro Técnico. Estaba seguro de que Miro Daroon le proporcionaría un nuevo intercomunicador.

En el pasillo vio frente a él a una figura conocida que venía comiendo una pieza de fruta muja. Era Siri, una compañera. Él no la conocía muy bien, pero sabía que había sido amiga de Bruck. Quizá si le preguntaba, ella le daría alguna pista sobre el chico y él podría volver al Consejo con la información.

La llamó por su nombre. Ella se detuvo y se dio la vuelta. El impacto de sus ojos azules era como una ola encrespada. Siri siempre había sido preciosa, pero detestaba que le hicieran comentarios sobre ello. Llevaba el pelo rubio cortísimo y apartado de la frente. Ese estilo masculino era, probablemente, un intento de ocultar su belleza, pero lo único que conseguía era destacar sus inteligentes ojos y su brillante tez.

Cuando vio quién la había llamado, su gesto amable se enfrió. Obi-Wan se preguntó por qué. Nunca habían sido amigos, pero tampoco se habían llevado mal. Siri tenía dos años menos que Obi-Wan, pero sus capacidades la habían llevado a la clase de sable láser de Bruck y Obi-Wan. Había sido una extraordinaria contrincante. Obi-Wan pensaba que tenía un estilo atlético y una gran concentración. Al contrario que otros estudiantes, durante un duelo, Siri no se dejaba llevar nunca por emociones como la rabia o el miedo, y nunca se metía en pequeñas disputas. Obi-Wan pensaba que la chica se concentraba demasiado. En los ratos libres, nunca parecía relajada ni dispuesta a unirse a las bromas y a la diversión del resto de los estudiantes.

—Obi-Wan Kenobi —dijo Siri sin emoción—. Oí que habías vuelto —mordió un pedazo de fruta.

—Siri, tú eras amiga de Bruck —dijo Obi-Wan rápidamente—. ¿Percibiste algún indicio de ira o de rebeldía en él durante los últimos meses? ¿O cualquier otra cosa fuera de lo normal?

Siri masticó, mirándole sin responder.

Obi-Wan se sintió incómodo y se dio cuenta de que, en los últimos tiempos, ser amigo de Bruck no era exactamente beneficioso. Había soltado la pregunta sin pensarlo, ansioso por obtener una respuesta y consciente de la falta de tiempo. Supuso que tendría que haber formulado la pregunta de forma más diplomática.

Mientras Obi-Wan pensaba otra forma de decirlo, Siri tragó y giró la pieza de fruta en la mano para buscar el siguiente lugar en el que hincar el diente.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó ella.

Su rudeza sorprendió a Obi-Wan, que hizo un esfuerzo para no soltarle una réplica del mismo estilo.

—Quiero ayudar a Qui-Gon a atrapar a Bruck y al intruso… —comenzó a explicar pacientemente.

—Espera un segundo —le interrumpió Siri—. Yo creía que Qui-Gon Jinn te había expulsado. Y que tú habías pasado de los Jedi.

Obi-Wan se enfadó.

—Yo no pasé de los Jedi —dijo irritado—. Y en lo que respecta a Qui-Gon, nosotros… —Obi-Wan se detuvo. ¡No tenía por qué dar explicaciones a Siri! Ella estaba ahí, mascando su fruta y mirándole como si fuera un experimento de laboratorio—. No deberías hacer caso de los cotilleos —le dijo.

—¿Entonces por qué quieres que cotillee sobre Bruck? —le replicó Siri sin perder la calma. Volvió a morder la muja.

Obi-Wan estaba enfadado, pero respiró hondo. La conversación no iba bien, eso estaba claro.

—El Templo está siendo asediado —dijo, esforzándose por no perder la calma—. Pensé que querrías ayudar.

Siri se puso roja.

—No tengo que ayudarte, Obi-Wan. Ni siquiera eres un Jedi. Pero, para tu información, yo no era amiga de Bruck. Él sólo se pegaba a mí de vez en cuando para copiarme los movimientos de sable láser. Él sabía que yo luchaba mejor que él. Igual que el resto de la clase. Yo pensaba que era aburrido porque siempre intentaba impresionarme. Eso es todo sobre nuestra supuesta amistad. ¿Vale?

—Vale —dijo Obi-Wan—, pero si recuerdas algo…

—Y otra cosa —le interrumpió Siri echando chispas por los ojos—. A mí me importa mucho el Templo. Eres tú el que abandonó a los Jedi. Y al hacerlo pusiste en duda el compromiso de todos los padawan, presentes y futuros. Conseguiste que los Caballeros Jedi nos preguntáramos si teníamos el nivel de compromiso que debíamos tener. ¡Eres casi tan malo como Bruck!

Las palabras de Siri impactaron en su cara como bofetadas con la mano abierta. El rostro de Obi-Wan enrojeció. ¿Era eso lo que pensaban los otros estudiantes? ¿Qué les había traicionado?

Obi-Wan no había pensado que su decisión pudiera haber puesto en duda el compromiso de los otros padawan. Si estuviera en una situación similar, ¿ayudaría él a alguien que hubiera hecho lo que él hizo?

Con cada encuentro en el Templo, Obi-Wan se hacía una idea más clara de las consecuencias que había provocado su decisión de quedarse en Melida/Daan. Ahora se daba cuenta de que su acción había dejado una estela de consecuencias mayor de lo que pensaba.

Por ti mismo las decisiones tomas, pero que también afectan a aquellos que permanecen en silencio a tus espaldas recordar debes.

¿Cuántas veces había oído a Yoda decir aquello? Ahora, el significado estaba tan claro que parecía burlarse de él con su simplicidad. Comprendió a la perfección lo que Yoda quería decir. Tenía que haberlo entendido antes.

Siri parecía un tanto arrepentida de sus palabras. Sus mejillas estaban casi tan rojas como las de Obi-Wan.

—Si te acuerdas de algo que pueda servir de ayuda, por favor, ve a ver a Qui-Gon —dijo Obi-Wan.

—Lo haré —murmuró Siri—. Obi-Wan…

Pero él no podría soportar oír una disculpa o una excusa. Sabía que Siri había soltado lo que encerraba en su corazón.

—Tengo que irme —le interrumpió Obi-Wan, y se alejó rápidamente.

Capítulo 6

Qui-Gon estaba en el Centro Técnico junto a Miro Daroon. Alrededor de ellos se curvaba una pantalla azul que recorría toda la pared de la sala circular. La pantalla mostraba diagramas de todos los túneles, pasillos de servicio, pasarelas y conductos del Templo Jedi.

Al principio, los diseños esquemáticos le parecieron laberínticos a Qui-Gon, pero, con la ayuda de Miro, aprendió a entender la lógica de los diagramas.

Pero la lógica no le había ayudado a comprender al intruso. Había docenas de túneles lo suficientemente altos como para que alguien de la talla de Bruck caminara de pie por su interior. Los conductos estaban convenientemente situados en todos los pisos, y comunicaban pequeñas estancias en cada área del Templo, excepto en aquellas con seguridad restringida, como la Cámara del Tesoro.

El problema consistía en descubrir cómo se movía el intruso y en anular esa capacidad. Qui-Gon ya había llamado a la Jedi Tahl, su compañera en la investigación, para que enviara equipos de búsqueda que peinaran la infraestructura. Pero eso llevaría tiempo, un tiempo con el que no contaban. Aún tenía esperanzas de obtener alguna pista.

La puerta siseó al abrirse tras ellos. Qui-Gon atisbó a Obi-Wan en el reflejo de la pantalla y comprobó que el chico, al verle, se detenía inmediatamente.

—¿Tenemos algún otro problema adicional? —preguntó rápidamente Qui-Gon a Miro.

Quería que Obi-Wan se quedara, pero no podía pedírselo. Eso sería ir contra los designios del Consejo. Pero pensó que si Miro y él comenzaban a hablar de los problemas del Templo, y Qui-Gon no le pedía que se marchase, Obi-Wan se quedaría.

Así que esto es lo que quiso decir Yoda, pensó Qui-Gon.

Miro suspiró. Era un alienígena grande del planeta Pitón. Su constitución era muy delgada. Tenía la frente ancha y los ojos claros, casi blancos. En su planeta, los pitonianos vivían bajo tierra y apenas tenían pigmentación en la piel, que era casi transparente. No tenían pelo, y Miro llevaba sombrero y gafas tintadas para protegerse los ojos de la luz.

—Cuando intenté reparar la energía de los turboascensores de servicio del área del lago, la circulación del aire falló en el ala norte. Tenemos que llevarnos a todos los estudiantes a los barracones temporales del edificio principal.

En el reflejo de la pantalla, Qui-Gon vio a Obi-Wan estudiando los diagramas.

—Así que ahora ya son dos las alas del Templo que se han cerrado —murmuró Qui-Gon pensativo—. Debes de estar muy frustrado, Miro.

La apenada expresión de Miro pasó a reflejar todavía más disgusto.

—Frustrado no lo expresa totalmente, Qui-Gon. Conozco este sistema como la palma de mi mano, pero cuando arreglo un problema, aparecen otros tres. Es difícil llevar este ritmo. Nunca había visto un sabotaje tan elaborado, ni siquiera en los modelos simulados.

El último recurso que me queda es apagar todo el sistema y ejecutar mi propio programa, pero no quiero tener que hacerlo.

A Qui-Gon le disgustó saber eso. Miro era un técnico experto, brillante e intuitivo. Había que ser un genio para confundirle, y Bruck no lo era en absoluto. Buscaban a alguien escurridizo que odiaba a los Jedi, y con gran habilidad para el subterfugio. Y ahora, además, resultaba que también era ingeniero técnico.

Qui-Gon se quedó de piedra. Lo había tenido en mente desde hacía algún tiempo. Era un pensamiento frío e insidioso, como el agua metiéndose por las grietas de una roca. Ahora, la certeza le congeló y la roca se rompió en mil pedazos.

—Xánatos —murmuró.

Obi-Wan se asustó. Miro contempló a Qui-Gon perplejo.

—¿Crees que Xánatos está implicado en esto?

—Es posible… —murmuró Qui-Gon.

Las pistas llevaban un tiempo revelándolo. Había percibido un motivo de venganza personal en aquella operación. Xánatos sentía un odio implacable por los Jedi. Un odio que sólo era superado por el que sentía hacia Qui-Gon.

Y luego estaba la sensación que tuvo en la Estancia de las Mil Fuentes… ¿Estaría Xánatos por allí?

Interrupción + desmoralización + distracción = devastación. Durante aquella misión, Xánatos era su padawan. Por aquel entonces tenía dieciséis años. Seguro que recordaba la fórmula.

—Me acuerdo de él —dijo Miro en voz baja—. Era un año menor que yo, pero era el único alumno Jedi capaz de construir mejores modelos de infraestructura técnica que yo.

Qui-Gon asintió. La mente del joven Xánatos fue lo primero que atrajo a Qui-Gon. Lo primero que le hizo preguntarse si sería un buen padawan.

En ese momento, Qui-Gon tomó una decisión. No se le permitía involucrar a Obi-Wan en la investigación, pero las cosas habían cambiado.

Se dio la vuelta para mirar a Obi-Wan por primera vez.

—Necesito tu ayuda —dijo.

Capítulo 7

Obi-Wan se quedó de una pieza ante las palabras de Qui-Gon.

—Tengo que ver a Tahl e informarle de todo esto —dijo Qui-Gon—. Quiero que vengas conmigo.

—Pero el Consejo…

—Es mi investigación —dijo Qui-Gon con firmeza—. Ya te has enfrentado antes a Xánatos. Podrías ser útil. Así que ven.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon hasta el pasillo. Caminaba a su lado sintiendo un atisbo de alegría al ver que sus pasos coincidían con su propio ritmo. No sólo podía redimirse ayudando al Templo, sino que iba a trabajar de nuevo con Qui-Gon. Incluso si le confinaban a la investigación más superficial, aceptaría con agrado todo lo que le dieran. Era el primer paso para recuperar la confianza del Consejo.

Cuando llegaron, Tahl estaba comprobando el estado de los equipos de búsqueda. La Maestra les miró con una expresión preocupada en su dulce rostro. Obi-Wan no había vuelto a verla desde Melida/Daan. Tras su rescate había estado enferma, delgada y ojerosa. Ahora, sus extraordinarios ojos a rayas verdes y doradas estaban ciegos, pero brillaban contrastando con el tono oscuro de su piel.

—Todavía nada —dijo ella a modo de saludo—. ¿Quién está contigo, Qui-Gon? —se detuvo—. Es Obi-Wan, ¿no?

—Sí —dijo Obi-Wan indeciso. No sabía cómo reaccionaría ella ante su presencia. Después de todo, para poder volar las torres deflectantes de los Jóvenes, él había robado el transporte que iba a servir para sacarla a ella del planeta. ¿Le guardaría rencor? El alivio recorrió su cuerpo cuando ella sonrió.

—Bien, me alegro —hizo una mueca—. Tienes talento para rescatarme. Eso podría ser útil. Yo, me temo, no he tenido suerte.

—Tengo noticias —dijo Qui-Gon con decisión. A continuación describió rápidamente sus sospechas respecto a Xánatos.

Mientras Qui-Gon hablaba, Obi-Wan se dio cuenta de que Tahl dudaba de sus suposiciones. Cuando Qui-Gon estaba terminando, ella comenzó a negar con la cabeza lentamente.

—Te estás dejando llevar por la lógica, amigo mío —dijo Tahl.

—Es un hecho que Xánatos era conocido por su ingenio técnico —replicó Qui-Gon.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Como muchos otros en la galaxia.

—Ninguno tan bueno como alguien que sea o haya sido un Jedi —señaló Qui-Gon—. Debemos buscar el paradero de Xánatos. Podríamos encontrar pistas.

—No dudo de tus conclusiones, Qui-Gon, pero ¿y si te equivocas? Si nos concentramos en un solo sospechoso podríamos perder el tiempo.

El indicador luminoso sobre la puerta de Tahl se encendió anunciando un visitante. Al mismo tiempo se oyó un timbre silenciado. Tahl golpeó impaciente el botón de acceso en el teclado de su escritorio. La puerta se deslizó a un lado.

—¿Quién es? —preguntó con brusquedad. Obi-Wan comprobó sorprendido que era Siri.

—Miro Daroon me dijo que Qui-Gon estaría aquí —dijo Siri—. Obi-Wan me dijo que le contara cualquier cosa extraña que recordara de Bruck.

—¿Sí? —preguntó Qui-Gon amablemente—. Cualquier cosa sería útil.

Siri dio un paso adelante y entró en la habitación.

—Quizá no signifique nada…, pero hace unos meses tuve una conversación muy rara con Bruck. Me habló de su padre.

Obi-Wan y Qui-Gon intercambiaron una mirada de sorpresa. Los escogidos por los Jedi renunciaban a su familia. El Templo se convertía en su hogar. De esa forma, su lealtad no podía ser utilizada ni dividida. Todos se comprometían a una conexión más profunda y duradera, la de la Fuerza. Era muy poco frecuente que un Jedi mencionara, o incluso pensara en sus padres, sobre todo a la edad de Bruck.

—Yo no entendía cómo había recibido noticias de su padre o por qué estaba tan interesado en él —continuó Siri—. Le pregunté por qué le había dado por ahí. El Templo es nuestro hogar y los Jedi nuestra familia. Y estos lazos se renuevan cada día. Ahora mismo son lo más fuerte que hay en nuestras vidas. Pero lo raro no era solamente que mencionara a su padre, sino su actitud —añadió Siri en tono dubitativo.

—Porque… —le ayudó Tahl.

—No me dio la impresión de que necesitara a su padre o quisiera contactar con él de alguna forma. Más bien sólo quería jactarse de él. Bruck descubrió, y no sé cómo porque no me lo dijo, que su padre había llegado a ser alguien poderoso en otro planeta.

—¿Qué planeta? —preguntó Tahl—. ¿Lo recuerdas?

—Uno que yo no conocía —respondió Siri—. Telos.

Tahl se quedó rígida. Obi-Wan y Qui-Gon volvieron a cruzar sus miradas. Qui-Gon ya tenía su prueba. Telos era el planeta natal de Xánatos.

Pero el Jedi no dio muestras de satisfacción. Sólo parecía inquieto.

—Gracias, Siri —dijo Qui-Gon—. Has sido más útil de lo que imaginas.

—Me alegra oír eso —Siri miró a Obi-Wan, pero el muchacho no supo si era una mirada de disculpa o de desafío. La joven salió de la habitación con la puerta siseando tras ella.

—Bueno, a estas alturas debería haber aprendido a fiarme de ti —dijo Tahl a Qui-Gon. La Maestra Jedi dejó escapar un suspiro largo—. Xánatos.

—Ahora entiendo el robo de los expedientes de los alumnos —dijo Qui-Gon pensativo—. Todos los cambios familiares se registran en sus archivos. De alguna forma, Xánatos llegó hasta Bruck a través de su padre. Probablemente despertó la curiosidad del chico y le hizo desear el poder. Para ello debió de fomentar la ira y la agresividad de

Bruck hasta arrastrarlo al Lado Oscuro. Xánatos le hizo a Bruck lo mismo que su padre le hizo a él —murmuró Qui-Gon.

—Y lo más probable es que Xánatos también le enseñara a Bruck cómo ocultar el Lado Oscuro —añadió Obi-Wan.

El Maestro Jedi recordó que Xánatos tenía una asombrosa habilidad para manipular la verdad. Sus modales educados ocultaban malas intenciones. De hecho, había hecho dudar a Obi-Wan sobre Qui-Gon.

—Es cierto, Obi-Wan —asintió Qui-Gon—. Bruck recibió lecciones de ocultación. Como pertenecía al grupo de los mayores, tenía más libertad, y eso también le resultó útil.

—Así que ahora ya sabemos quién es nuestro intruso —dijo Tahl.

—Sugiero que dividamos la investigación en dos partes —dijo Qui-Gon—. Obi-Wan y yo descubriremos dónde se esconden Xánatos y Bruck.

¡Así que ya estaba dentro! Obi-Wan sintió una oleada de satisfacción.

—Tahl, tú descubre todo lo que puedas sobre Xánatos y la Compañía Minera de Offworld. No habrá mucho, él es muy discreto, pero tu capacidad para la investigación es legendaria. Pon en marcha tu red galáctica.

—No tienes por qué halagarme —dijo Tahl con frialdad—. Tampoco pensaba ir a los túneles contigo y Obi-Wan.

Qui-Gon se quedó callado. Obi-Wan pudo ver cómo la preocupación se dibujaba en los rasgos del Maestro Jedi, y no estaba seguro del motivo. Qui-Gon le decía a menudo que no estaba suficientemente conectado con la Fuerza. Algo en la conversación entre los dos amigos había herido a Tahl, y Qui-Gon se acababa de dar cuenta.

Tahl giró la cabeza y casi hizo caer una taza que estaba junto a su codo. Sus reflejos felinos le permitieron cogerla antes de que llegara al suelo. Su rostro se tiñó de rojo.

Entonces, Obi-Wan se dio cuenta de lo que había pasado. Tahl había perdido la vista. En el pasado había sido una excelente guerrera, y ahora debía de sentirse relegada. Pero Qui-Gon estaba en lo cierto. Tahl no podía arrastrarse por los túneles de transporte buscando pistas físicas.

Observó cómo Qui-Gon se acercaba al escritorio de Tahl.

—Hay muchas maneras de encontrar pistas, Tahl —dijo Qui-Gon lentamente—. Una información adecuada puede salvar una misión con mayor seguridad que una batalla.

Tahl asintió. Obi-Wan podía ver el esfuerzo en su rostro. Los dedos de Qui-Gon se posaron en su hombro con una caricia amable.

—Será un desafío —dijo—. Si hay pistas, estarán ocultas. La Compañía Minera de Offworld está compuesta por una pirámide de empresas ficticias y títulos falsos. Los fondos están cuidadosamente escondidos. Nadie sabe dónde está su cuartel general.

Los ojos de Tahl brillaron.

—Hasta ahora —dijo ella.

Obi-Wan captó su nueva determinación. Qui-Gon lo había hecho posible. No se había detenido a hablar de la insatisfacción de Tahl. Primero la consoló de forma indirecta y, después, le impuso un reto para ayudarla.

Tengo tanto que aprender de él, pensó Obi-Wan. *Y no sólo sobre batallas, estrategias o la Fuerza, sino sobre el corazón*.

La puerta siseó al abrirse y DosJota, el androide de navegación de Tahl, entró en la habitación.

—Maestra Tahl —dijo el androide—, he vuelto de mis recados. Aquí están los datos extra que me pidió.

Tahl alzó las cejas para hacer saber a Obi-Wan y a Qui-Gon que le había encomendado esa misión a DosJota solamente para quitárselo de encima un rato. El androide de navegación estaba diseñado para ser su asistente, pero, a menudo, era de poca ayuda para una persona que prefería hacerlo todo por sí misma.

—Te dejo con tu tarea —dijo Qui-Gon—. Obi-Wan y yo tenemos trabajo.

Al salir de la habitación casi se chocan con Bant, que se apresuraba a cruzar la puerta abierta.

—¡Creo que sé cómo se mueven Bruck y el intruso por el Templo! —exclamó.

Capítulo 8

Los ojos plateados de Bant se encontraron con los de ambos.

—Estaba pensando en los ataques —dijo ansiosa—. Todos se produjeron cerca del agua. Pensadlo. Yoda fue atacado en la Estancia de las Mil Fuentes, los controles del turbotransporte están cerca del lago, y se puede llegar al centro técnico a través de los depósitos de depuración del agua. Qui-Gon asintió.

—Una serie de túneles acuáticos enlaza todos los sistemas —dijo el Jedi—, lo vi en los diagramas de Miro, pero no pensé que se pudiera navegar por los túneles.

—Se puede —le garantizó Bant—. Yo los utilizo. Sé que va contra las reglas —añadió avergonzada—, pero si llego tarde a clase, para mí es mucho más rápido nadar que caminar.

—El equipo deportivo —dijo Obi-Wan de repente—. Contiene varios respiradores.

—Buen trabajo, Bant —dijo Tahl en tono de aprobación.

—Excelente deducción —Qui-Gon le puso una mano en el atlético hombro de Bant. Ella sonrió tímidamente.

Obi-Wan sintió una punzada de celos y luchó contra ella. Los celos no eran un sentimiento apropiado para un Jedi, pero no podía evitarlo. Bant siempre había ido detrás de él, le adoraba. Ahora, en el poco tiempo que había pasado fuera, ella había crecido. Su mente era ágil y rápida, y no le asustaban los retos.

Y Qui-Gon veía lo especial que era.

Obi-Wan se sintió incómodo cuando se dio cuenta de que si Qui-Gon no le aceptaba de vuelta, lo más probable es que buscara otro padawan. ¿Estaría pensando en Bant?

—Bant, ¿puedes enseñarnos el túnel? —preguntó Qui-Gon—. Necesitaremos un guía.

Bant asintió.

—Por supuesto.

—Si surge algún problema quiero que desaparezcas —le advirtió Qui-Gon—. No te metas con Xánatos. Es extremadamente peligroso.

Bant asintió solemnemente. Qui-Gon se volvió hacia Obi-Wan.

—Necesitaremos respiradores.

—Yo he traído algunos —le dijo Bant—. Pensé que querríais ir directamente a los túneles.

—Eso se llama pensar rápido —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon y a Bant.

Ahora soy yo el que va detrás de ella, pensó cuando entraban en el turboascensor. El grupo cogió el transporte hasta la zona acordonada del lago.

—Encontré la entrada al túnel cuando exploraba el fondo del lago —explicó Bant mientras se introducían en el agua fría—. El agua se renueva a los veinte minutos después de cada hora en punto, lo he cronometrado. Así, resulta fácil salir a tiempo. Además, hay un montón de sitios a los que agarrarse cuando llega la corriente de agua.

Bant se sumergió bajo la superficie. Obi-Wan siguió la estela de sus burbujas. Bant era tan ágil bajo el agua que muy pronto les ganó terreno. Cuando se dio cuenta, se detuvo y les esperó.

Nadaron por una gruta de rocas subacuáticas. Había una entrada astutamente escondida tras una gran piedra. Bant la atravesó. Qui-Gon iba detrás junto a Obi-Wan.

Salieron a la superficie en un gran túnel de color azul con el techo curvado. El agua estaba clara y limpia.

—Esto conduce a las fuentes y a las piscinas de reflejos de este ala —explicó Bant. Su voz rebotó contra las baldosas de la pared—. Hay plataformas de acceso más o menos cada mil metros. Algunas están lo suficientemente elevadas como para ocultar a alguien que quiera esconderse. Pararé cuando pasemos por ellas.

Qui-Gon asintió. Bant cogió aire y se sumergió. Los otros dos la siguieron.

Obi-Wan seguía las ondeantes piernas naranja y rosa de Bant por el agua cristalina. Ella les guió a través de los túneles, girando y moviéndose por el Templo. Se paraban en todas las plataformas para buscar huellas de Xánatos o de Bruck, pero no encontraron nada.

Por último, Bant salió a la superficie en un lugar en el que el túnel principal se estrechaba y se dividía en tres conductos más pequeños.

—Esto lleva a los depósitos de depuración del agua —dijo balanceándose—. Ya lo hemos visto todo. Supongo que estaba equivocada —Bant parecía desanimada—. Deberíamos volver.

—Ha sido una buena deducción, Bant —le dijo Qui-Gon amablemente—. Todavía no la hemos descartado. No hemos encontrado nada, pero eso no significa que Xánatos no haya estado aquí.

Obi-Wan se mantenía a flote mientras examinaba detenidamente la zona.

—¿Qué es aquello? —preguntó de repente señalando a un hueco apartado.

—Es demasiado pequeño para ser una plataforma de acceso —dijo Bant—. Creo que es una zona de servicio para los depósitos de depuración.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon a grandes brazadas hasta la zona en cuestión. El Jedi se subió a un saliente estrecho, con la túnica chorreando. Obi-Wan le siguió. Bant subió ágilmente a la repisa tras ellos.

Qui-Gon caminó por el saliente. Discurría a lo largo del túnel durante cierta distancia y luego acababa en un muro inaccesible. Desde donde estaban podían oír el rumor de la maquinaria.

—Estamos muy cerca de los depósitos de depuración —dijo Bant.

—¿Por qué terminará así el saliente? —se preguntó Qui-Gon. Se agachó para examinar el muro curvado en uno de sus extremos—. ¡Aquí! Hay un panel de acceso —exclamó—. ¿Bant?

Bant pasó por delante de Obi-Wan.

—Ya lo veo —dijo ella nerviosa. Pasó los dedos por los bordes, pulsó algo y el panel se abrió.

Qui-Gon se metió dentro. Obi-Wan le siguió y llegó a una especie de plataforma de servicio suspendida sobre el agua del depósito de depuración de duracero. Una estrecha escalera de caracol bajaba hasta el agua.

Qui-Gon se colocó en una esquina y se agachó para examinar un equipo de servoherramientas y algunos objetos apoyados contra la pared.

—Han estado aquí —dijo él.

Obi-Wan notó algo que comenzó como un leve susurro, como si alguien respirara suavemente en su nuca. La perturbación en la Fuerza estaba claramente amortiguada y no podía determinar de dónde procedía. Qui-Gon miró hacia arriba con los ojos en expresión de alerta y su mirada se cruzó con la de Obi-Wan.

Sí, parecían decir sus ojos, como se lo habían dicho muchas veces cuando fue su Maestro. *Yo también lo percibo, padawan*.

Entonces, la perturbación amortiguada se convirtió en un rugido. Bajo ellos, una forma negra surgió del agua. Era Xánatos.

Capítulo 9

Xánatos estaba completamente quieto. Se mantenía suspendido por la Fuerza y el agua le cubría hasta la cintura. No necesitaba mover los brazos o las piernas. El pelo negro mojado le bajaba por los hombros. Sus crueles ojos azules, tan claros y fríos como el hielo, brillaron en la tenue luz. Las sombras del agua dibujaban reflejos parpadeantes en su túnica negra.

Qui-Gon y Obi-Wan ya habían activado sus sables láser. Estaban esperando.

Pero Xánatos no se acercó para retarles. Sonreía.

—Tardaste mucho más de lo que pensaba en darte cuenta de que era yo —dijo a Qui-Gon en tono burlesco—. Esa noble cabeza tuya puede llegar a ser muy lenta, pero yo soy tan tonto que sigo pensando que eres inteligente.

Qui-Gon parecía tranquilo. Xánatos tenía el sable láser activado pero lo mantenía a un lado. No parecía estar en posición de ataque, pero Obi-Wan conocía bien su estilo de combate. Si Xánatos se acercaba, a Qui-Gon le bastaría un pequeño giro para hacer frente al ataque.

Qui-Gon no respondió a Xánatos. Su rostro era la viva imagen de la compostura. Era como si ni siquiera le hubiera escuchado.

Obi-Wan sabía que no podían atacar mientras Xánatos estuviera en el agua. Si saltaban a por él, los sables láser se apagarían al entrar en contacto con el agua. Xánatos también lo sabía. Quizá por eso tanteaba a Qui-Gon, provocándole para que atacara.

—¿Ni siquiera me respondes? —gritó—. ¿Sigues enfadado? Pero qué malo eres conmigo, Qui-Gon.

—No sabía que estuviéramos teniendo una conversación —respondió Qui-Gon, avanzando un paso—, pero es lo que pasa siempre contigo, Xánatos…, prefieres el sonido de tu propia voz.

Obi-Wan vio las mejillas de Xánatos enrojecerse por un momento, pero luego le vio reír.

—Qué aburrido eres, Qui-Gon. Tus nimios intentos siguen sin dar en el blanco. Nunca fuiste muy inteligente. Y sigues confiando en niños para hacer tu trabajo. A ti nunca se te habría ocurrido lo de los túneles.

De repente, Xánatos dio un gran salto y voló por los aires impulsado por la Fuerza. Su capa negra chorreaba agua. Activó el sable láser en un instante, pero Obi-Wan estaba preparado y, cuando Xánatos aterrizó sobre la plataforma, ya se había apartado.

En ese momento vio cómo escapaba Bant de la plataforma. Iba desarmada y, sin duda, nadaría en busca de ayuda. Sólo había esperado a que Xánatos se moviera.

El sable láser rojo de Xánatos chocó contra la luz verde de Qui-Gon. El brutal zumbido resonó en todo el túnel. Xánatos había aterrizado a la izquierda de Qui-Gon, y Obi-Wan se apresuró a cubrir el flanco del Jedi.

Xánatos era un gran luchador. Su fuerza era asombrosa. Cuando el sable de Obi-Wan se enredó con el suyo, el choque casi lo tiró hacia atrás. Era todo lo que podía hacer para

mantenerse en pie. La plataforma se cubrió enseguida con el agua que escurría de sus pies y sus túnicas, y se volvió resbaladiza. Obi-Wan apenas podía mantenerse en pie.

Xánatos era tan rápido como fuerte, y tan pronto estaba esquivando los ataques de Obi-Wan como se acercaba para atacar a Qui-Gon.

Obi-Wan notó que Qui-Gon había conseguido que Xánatos retrocediera hacia las escaleras. El Maestro Jedi había aumentado la fiereza de su ataque, y su temible adversario había empezado a descender. Obi-Wan adivinó el motivo de la estrategia. Si Xánatos se acercaba lo suficiente al depósito, tendría que retroceder si quería coger impulso para sus embestidas y, al hacerlo, se debilitaría o correría el riesgo de que el sable láser se le apagara.

La estrategia no debe ser descubierta, pensó Obi-Wan. Tendrían que distraer a Xánatos para que no se diera cuenta de lo cerca que estaba del agua.

Obi-Wan se unió a la lucha, intentando que Xánatos perdiera el equilibrio mientras le conducía hacia el agua. Los escalones estaban resbaladizos. Era difícil conseguir espacio para golpear con fuerza. Xánatos empezaba a cansarse, pero Qui-Gon permanecía concentrado, moviéndose con agilidad y obligándole a bajar otro escalón.

Al pelear mano a mano con Qui-Gon, Obi-Wan sintió aquel ritmo familiar entre ellos. La Fuerza fluía con intensidad y les mantenía unidos.

Por encima del ruido del combate, el zumbido de los sables láser y su propia respiración, Obi-Wan escuchó un sonido. Comenzó como un rumor sordo en la distancia, pero en cuestión de segundos se había convertido en un estruendo.

Era el sistema de depuración del agua. Una enorme ola espumosa se acercaba a ellos desde un conducto del depósito.

—Salta, Obi-Wan —le ordenó Qui-Gon.

Utilizando la Fuerza, ambos saltaron al tiempo a la plataforma superior.

Obi-Wan se dio la vuelta de inmediato para enfrentarse a Xánatos, que sin duda estaba tras él.

Pero Xánatos no había saltado para salvarse. Con una sonrisa, desactivó su sable láser y saltó desde el escalón al centro del torrente. En un segundo, la corriente se lo tragó.

—Se ahogará —dijo Obi-Wan, perplejo ante la actuación de Xánatos.

—No —dijo Qui-Gon, con los ojos fijos en el agua—. Volveremos a verle.

Capítulo 10

La batalla no había extenuado a Qui-Gon. Obi-Wan se dio cuenta de que lo único que había hecho había sido aumentar su determinación por atrapar a Xánatos y vencerle.

—Examinaremos la zona —le dijo Qui-Gon—. Creo que Xánatos me obligó a llevarle a las escaleras. Fue demasiado fácil.

—Había planeado su huida —sugirió Obi-Wan.

—Sí —dijo Qui-Gon—, pero con Xánatos siempre hay otro motivo. Estaba intentando alejarnos de algo.

Obi-Wan fue hasta el extremo opuesto de la plataforma.

—Aquí hay una escalera —dijo.

Una estrecha escalera metálica estaba apoyada contra la pared, oculta tras el borde de la plataforma. Qui-Gon y Obi-Wan bajaron por ella. Cuando estuvieron sobre la superficie del agua, oyeron líquido que caía.

—Es una fuga de agua —le dijo Qui-Gon a Obi-Wan. La zona quedaba oculta por las anchas espaldas de Qui-Gon—. Y aquí hay un canal que lleva al exterior. Creo que…

De repente, Qui-Gon se quedó callado. Obi-Wan se agarró con una mano a la escalera y se aproximó para poder ver.

Amarrado a la pared había un pequeño deslizador aéreo.

—Ya hemos encontrado su vía de escape —dijo Qui-Gon satisfecho.

—¿Qui-Gon? ¿Obi-Wan? —les llegó la voz preocupada de Bant.

—¡Aquí! —gritó Obi-Wan, y un segundo después la cara de la joven asomó por el borde de la plataforma.

—He traído a los responsables de seguridad —dijo ella—. ¿Estáis bien? ¿Dónde está Xánatos?

—Escapó —dijo Obi-Wan—. Saltó al agua cuando llegó la corriente.

—Subamos —dijo Qui-Gon—. Los de seguridad se llevarán el deslizador aéreo. Así, al menos, tendremos a Xánatos atrapado dentro del Templo.

Subieron por la escalera de vuelta a la plataforma, y dos miembros de seguridad Jedi bajaron para ocuparse del deslizador.

—Estaba tan preocupada —dijo Bant—. No quería dejaros solos, pero no tenía sable láser y…

—Hiciste lo correcto, Bant —interrumpió Qui-Gon amablemente—. Cuando la intuición es tan buena como la tuya, no la cuestiones.

Obi-Wan no dejaba de preguntarse si Qui-Gon estaba pensando en Bant para que fuera su próxima padawan. Desde luego, parecía muy interesado en ella.

Qui-Gon se volvió hacia él.

—Has luchado bien, Obi-Wan.

En circunstancias normales, Obi-Wan se habría sentido profundamente satisfecho por el elogio de Qui-Gon, pero ahora sólo podía preguntarse si su antiguo Maestro se estaba limitando a ser amable para preparar el momento en el que le abandonaría.

Qui-Gon envió a Bant a que informara a Tahl sobre lo que había pasado. Obi-Wan fue hasta el borde de la plataforma desde la cual Xánatos se había arrojado al estruendoso torrente. Recordó la profunda sensación de desasosiego que había sentido cuando Xánatos había salido del agua, aquella forma negra que albergaba una maldad tan monstruosa…

Obi-Wan recordó de repente que Xánatos llevaba una mochila impermeable. ¿Por qué?

¿Y si no había sido casualidad que se encontraran con Xánatos en la plataforma? ¿Y si había ido a ese lugar para eliminar las pruebas de que ya había estado allí?

¿Y si se lo habían soplado? Era innegable que, hasta el momento, se las había arreglado para ir un paso por delante de los Jedi. Y eso no era fácil.

—Creo que podría haber un espía en el Templo —dijo Obi-Wan lentamente, volviéndose hacia Qui-Gon—. Xánatos tiene un aliado dentro del Templo que le avisa de nuestros movimientos. ¿Qué otra razón tendría para venir aquí con una mochila?

—Pues muchas razones, creo yo —dijo Qui-Gon.

—¿Y recuerdas que dijo que habías necesitado la ayuda de unos niños para saber que estaba utilizando los túneles? ¿Cómo sabía que Bant te lo había dicho?

Qui-Gon frunció el ceño.

—No estoy seguro, Obi-Wan. Los únicos que sabían que estábamos rastreando los túneles de agua eran Bant y Tahl, y ambas están por completo libres de sospecha. Bant nunca haría nada que comprometiera la seguridad del Templo.

Herido por la rapidez con que Qui-Gon había salido en defensa de Bant, Obi-Wan replicó:

—¿Y qué pasa con Tahl? ¿Confías en ella?

—Más que en mí mismo —dijo él.

—Pero hacía años que no la veías —señaló Obi-Wan—. ¿Y si Xánatos hubiera llegado hasta ella de algún modo?

—No, Obi-Wan —dijo Qui-Gon cortante—. Te equivocas. Estoy acostumbrado a la traición. Sé exactamente cómo es —miró a Obi-Wan fríamente y se alejó.

Obi-Wan sintió una punzada de dolor. Sabía que Qui-Gon se estaba refiriendo a él.

Capítulo 11

Qui-Gon lamentó sus palabras desde el momento en el que las había pronunciado. Su dureza era más una consecuencia de la frustración que le había provocado la huida de Xánatos, que por nada que hubiera dicho Obi-Wan. Sí, el chico había perdido su confianza, pero no era necesario torturarle recordándoselo constantemente. Era un comportamiento impropio de un Jedi.

Ése era su punto débil, pensó Qui-Gon. Él no podía dar el paso para recuperar la confianza perdida. No era culpa de Obi-Wan; era una combinación del pasado de Qui-Gon y su forma de ser. Aunque sintiera conexión con otras personas, le costaba confiar en ellas, pero una vez que depositaba su confianza en alguien, era para siempre. Y si le decepcionaban, no tenía ni idea de cómo recuperarla. Era su problema. No el de Obi-Wan. Tenía que contárselo. El lazo de unión entre Maestro y padawan estaba basado en la confianza absoluta y, aunque sabía que Obi-Wan aún confiaba en él, no estaba seguro de que el sentimiento fuera mutuo. Bajo esas circunstancias no sería justo para Obi-Wan que lo retomara como alumno. Quizá sería mejor que el chico buscara un nuevo Maestro.

Hablaré con él cuando esté seguro de lo que quiero decir.

De repente, las luces del túnel bajaron de intensidad. Obi-Wan y Qui-Gon intercambiaron una mirada preocupada. Un momento después, sonó el intercomunicador de Qui-Gon y se oyó la voz de Tahl.

—Hemos hecho algunas averiguaciones.

—Ya me he dado cuenta —dijo Qui-Gon—. Enseguida llegamos.

El Maestro Jedi se volvió hacia Obi-Wan y le habló en un tono suave para enmendar la dureza de antes.

—No creo que Tahl esté aliada con Xánatos —dijo—, pero podrías estar en lo cierto respecto a lo del espía. Lo tendré en cuenta.

Obi-Wan asintió. El chico guardaba silencio mientras avanzaban hacia el dormitorio de Tahl.

La Maestra Jedi estaba sentada en su escritorio con un montón de folios en el regazo.

—Acabo de hablar con Miro —les dijo—. Ha estado intentando arreglar el sistema de circulación de aire en el ala de los estudiantes mayores. Cuando hizo los retoques necesarios, toda la iluminación del Templo se puso a media potencia. Además, falló el sistema de refrigeración del comedor. Ahora está trabajando en ello.

—¿La intensidad de las luces se ha reducido a la mitad en todos los pisos? —preguntó Qui-Gon.

Tahl asintió. Una especie de sonrisa cruzó rápidamente su rostro.

—Ahora estamos casi igualados, Qui-Gon. Ambos tenemos que trabajar en la oscuridad.

—No tan igualados —dijo Qui-Gon con tono afable—. Sigues siendo más inteligente que yo. Tahl sonrió.

—Ésas no son las averiguaciones de las que te he hablado. He encontrado algo sobre la Compañía Minera de Offworld. Toma, lo he imprimido para ti.

Entregó los folios a Qui-Gon.

El Maestro Jedi se quedó mirando las hojas. Había columnas de números y nombres de empresas.

—Tendrás que explicármelo, sabes que no se me dan bien las finanzas galácticas.

—Offworld no es tan solvente como aparenta —dijo Tahl golpeando con el dedo en la mesa—. Una operación minera fallida en un planeta inhabitable acabó con sus recursos. Xánatos se negó a aceptar la derrota y siguió perdiendo más y más dinero en la operación. Corre el rumor de que ha acabado con el tesoro de su planeta natal, Telos.

Qui-Gon miró los números, que para él carecían de significado. Las cifras no eran importantes. Lo que sí importaba era el descubrimiento de Tahl. Si Xánatos estaba a punto de arruinarse, quizás atormentaba al Templo por motivos económicos además de personales.

Siempre hay un motivo oculto…

—El vértex… —dijo en voz baja.

—Claro —susurró Tahl.

Obi-Wan los miró con cara de no entender nada.

Qui-Gon lo pensó un momento. Yoda le había dicho que se trataba de un secreto, pero si Obi-Wan les iba a ayudar tenía que saberlo. Informó a Obi-Wan sobre el acuerdo Jedi para custodiar el vértex.

—Nos hemos centrado demasiado en el motivo de la venganza de Xánatos —dijo Qui-Gon—, y él es más complejo que eso. ¿Por qué arriesgarse tanto sólo para obtener una satisfacción personal? Pero destruir el Templo y, además, hacerse con una fortuna tendría mucho más valor para él.

—La Cámara del Tesoro está a medio nivel por debajo de la Sala del Consejo —dijo Tahl—. ¿No es curioso cómo se han ido cerrando las alas una detrás de otra? Ahora todo el mundo está concentrado en el edificio principal. No puede ser accidental.

—Xánatos planea algo —concluyó Qui-Gon—. Quiere acorralarnos para destruirnos más fácilmente, pero ¿cómo?

La puerta se abrió y DosJota entró con una bandeja.

—He traído su almuerzo, Maestra Tahl —anunció.

—No tengo hambre.

—Hay un pastel de proteínas, fruta y…

—Déjalo por ahí —le ordenó Tahl ausente y pensando en Xánatos.

DosJota dejó la bandeja y comenzó a ordenar el escritorio de Tahl.

—Sea lo que sea, ocurrirá pronto.

DosJota movió una pila de papeles de un lado al otro del escritorio.

Qui-Gon observaba.

—Tahl, ¿podrías enviar a DosJota en busca de Bant? Tenemos que hablar con ella.

Tahl se dio la vuelta hacia Qui-Gon con gesto de sorpresa.

—¿Bant?

Qui-Gon habló en tono suspicaz.

—Te lo explicaré cuando llegue.

—DosJota, por favor, ve a buscar a Bant a los barracones temporales.

—Puedo esperar a que termine la comida, Maestra —añadió DosJota.

—Ahora —dijo Tahl tajante.

—Enseguida vuelvo —dijo DosJota.

En cuanto la puerta se cerró tras el androide, Tahl se volvió hacia Qui-Gon.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Dónde obtuviste a DosJota? —le preguntó Qui-Gon.

—Te lo dije, Yoda me lo consiguió —respondió Tahl.

—¿Te trajo Yoda en persona el androide? —insistió Qui-Gon.

Tahl asintió.

—¿Por qué?

—Fue a los pocos días de que regresáramos de Melida/Daan —susurró Qui-Gon—. ¿Alguna vez dejaste de tener localizado al androide?

Tahl gruñó.

—¿Bromeas? DosJota me sigue a todas partes —dijo, pero, entonces, frunció el ceño—. A excepción del segundo día. Necesitaba que me guiara al ala norte, pero me pasé horas buscándolo. Me dijo que había tenido que asistir a un curso de adoctrinamiento. ¿Adónde quieres llegar, Qui-Gon?

Tahl parecía perdida, pero Obi-Wan sabía lo que Qui-Gon estaba insinuando.

—El androide apareció en el momento en que comenzaron los robos —dijo Qui-Gon.

—¿Piensas que DosJota es el ladrón? —preguntó Tahl—. Me parece un androide demasiado llamativo.

—No, DosJota no es el ladrón —dijo Qui-Gon. Miró a Obi-Wan—. Pero creo que hemos encontrado a nuestro espía.

—Tendremos que asegurarnos —dijo Obi-Wan—. Si pudiéramos apagar a DosJota durante un tiempo…

—Podríamos encontrar el transmisor —terminó Qui-Gon—. No podemos dejar que Xánatos sepa que sospechamos de DosJota.

La mente de Tahl trabajaba rápidamente, siguiendo los saltos mentales de Qui-Gon y de Obi-Wan.

—¿Cómo podemos apagar a DosJota sin levantar sospechas?

Obi-Wan sonrió.

—Es fácil. Actúa con naturalidad. Tahl se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir, Obi-Wan?

—Es evidente que el androide te agobia —respondió Obi-Wan—. Empieza una pelea y apágalo cuando te hartes.

Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de Tahl.

—Ya lo he hecho antes.

—Muy inteligente, Obi-Wan —aprobó Qui-Gon—. Hagámoslo cuando vuelva.

Al cabo de unos minutos, DosJota regresó.

—No he podido localizar a Bant. Si me lo permite, Maestra Tahl, no creo que sea aconsejable que me ausente. Podría necesitar mi ayuda. Por ejemplo, hay unos folios en el suelo a unos centímetros de su pie izquierdo…

—Ya lo sé —le cortó Tahl—. Qui-Gon, son para ti. ¿Por qué no te sientas aquí? —dijo señalando una silla. La bandeja que DosJota había traído antes cayó al suelo estrepitosamente. Obi-Wan se abalanzó para recogerla, pero Qui-Gon le detuvo.

—¡Su almuerzo! —se apresuró a decir DosJota—, estaba a diez centímetros a su derecha…

—¡Ya basta, androide pesado! —exclamó Tahl—. ¡Si no apagas tu activador de voz, yo lo haré por ti!

—Pero no podrá moverse —protestó DosJota.

—¡Podré pensar! —gritó Tahl. Se acercó al androide y lo desactivó por completo.

Se hizo el silencio. Tahl sonrió.

—¿Te ha parecido natural, Obi-Wan?

Qui-Gon se adelantó y procedió a examinar a DosJota.

—Aquí —dijo al cabo de un momento—. Justo en la junta del servomotor pélvico. Un transmisor.

—¿Graba y envía simultáneamente? —preguntó Tahl.

—Sí —dijo Qui-Gon—. Creo que Xánatos debe tener algún dispositivo que le avisa si la conversación es importante. Puede haber activado varios indicadores de palabras, como mi nombre, el de Yoda, el suyo, el de Bruck…, podría haber incontables indicadores. Así no tiene que escuchar todas las conversaciones…, solo las que le interesan —Qui-Gon examinó el transmisor—. Esta unidad transmite audio y vídeo.

—Así que Xánatos ha sabido lo que planeábamos en todo momento —dijo Tahl, arrellanándose en el asiento—. Ha estado vigilando todos nuestros movimientos. Eso son malas noticias.

—En absoluto —dijo Qui-Gon despacio—. Ahora no tendremos que darle caza. Él vendrá derecho a por nosotros.

Capítulo 12

Qui-Gon observó a Obi-Wan.

—Obi-Wan, necesito que vayas a los barracones temporales. Escoge a un alumno que sea de tu altura y complexión y vuelve aquí lo más rápido que puedas.

Sin perder tiempo en responder, Obi-Wan salió corriendo del dormitorio de Tahl y se dirigió al túnel de transporte. Llegó al nivel en el que los estudiantes habían instalado los dormitorios y contempló detenidamente a la multitud. Ya sabía a quién escoger. Su amigo Garen Muln no sólo era de su tamaño, sino que merecía toda su confianza.

—¡Obi-Wan! ¿Me buscabas? —Bant salió corriendo de un grupo de estudiantes que estaba desenrollando unas mantas.

Obi-Wan siguió buscando por el mar de alumnos.

—Busco a alguien que nos ayude a Qui-Gon y a mí —dijo él.

—¡Yo puedo hacerlo! —los ojos plateados de Bant brillaron de ansiedad—. Me encantaría ayudar a Qui-Gon.

Los celos que Obi-Wan había intentado eliminar volvieron a agitarse en su interior. El dolor y la nostalgia que había sentido se tornaron incontrolables. La evidente ansiedad en el rostro de Bant le hizo enfadar aún más.

—Ya sé que te encantaría —dijo de forma brutal—. Ya sé que aprovecharías cualquier oportunidad para demostrar a Qui-Gon cuánto vales y lo mucho que te necesita.

El brillo en los ojos de Bant se apagó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que deseas ser la padawan de Qui-Gon —dijo Obi-Wan de repente—. Es obvio. No paras de intentar impresionarle. Siempre estás revoloteando a su alrededor.

Bant negó con la cabeza.

—Pero si yo sólo quiero ayudar. No quiero ser su padawan. Tú eres su padawan, Obi-Wan.

—No, no lo soy. Ya me lo dejaste claro. Yo le abandoné. Así que quizá te merece más a ti en mi lugar. Los ojos de Bant se nublaron.

—Eso no es cierto —susurró ella.

Obi-Wan vio a Garen, le llamó por su nombre y le indicó que se acercara.

—Necesitamos tu ayuda —dijo a Garen cuando se aproximó.

—Obi-Wan… —dijo Bant.

—No tengo tiempo para hablar —soltó Obi-Wan bruscamente.

Bant asintió con una expresión profundamente dolida y se marchó rápidamente.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Garen dando un paso hacia Bant—. Le has hecho daño.

Obi-Wan le agarró por el brazo.

—Ahora no tienes tiempo de ir con ella. Qui-Gon te necesita.

Obi-Wan le guió hasta el dormitorio. Se sentía culpable por sus duras palabras. Pedir la ayuda de Garen delante de Bant fue un desaire malintencionado.

La mirada de desaprobación de Garen le enfadaba y le encendía su sentimiento de culpa. Su amigo guardó silencio mientras subían en el turboascensor hacia el dormitorio de Tahl.

Cuando todo esto termine me disculparé con Bant, pensó Obi-Wan. *Me he dejado llevar por los celos. Me he equivocado. Rectificaré.*

***

La iluminación del pasillo que llevaba a los aposentos de Tahl seguía a media potencia. Obi-Wan vio la figura de Qui-Gon de pie ante la puerta de Tahl, dándoles la espalda.

—Qui-Gon, he traído a Garen Muln —le dijo.

El aludido se giró y Obi-Wan vio que se trataba de Ali-Alann.

—Lo siento —dijo Obi-Wan—. Creí que eras Qui-Gon. El Maestro Jedi salió al pasillo desde el aposento de Tahl.

—Eso es exactamente lo que tenías que creer. Qui-Gon contempló a Garen.

—Tú servirás —murmuró.

—Qui-Gon, es un placer ayudarte, pero me gustaría saber lo que voy a hacer —dijo Ali-Alann respetuosamente.

—No mucho —respondió Qui-Gon—. Tienes que ser yo un rato, eso es todo. Y Garen hará de Obi-Wan.

Garen asintió. Tanto él como Ali-Alann habían captado la seriedad de Qui-Gon.

—Obi-Wan y yo haremos una grabación de nuestras voces —prosiguió Qui-Gon—. La activarás cuando estés seguro de que el androide de navegación personal de Tahl está cerca. Entonces os pondréis a buscar a los intrusos, pero no los encontrareis.

—¿Por qué no? —preguntó Garen.

—Porque los encontraremos nosotros —dijo Qui-Gon apoyando la mano sobre el hombro de Obi-Wan. Sus ojos brillaron intensamente—. Daremos esto por terminado.

La mano de Qui-Gon en su hombro y sus firmes palabras hicieron estremecerse a Obi-Wan. Había sido injusto con Bant. Si Qui-Gon prestaba tanta atención a la chica calamariana, era por su naturaleza bondadosa. No significaba que Qui-Gon quisiera a Bant como padawan en lugar de a Obi-Wan. Lo único que hacía el Maestro era alentar la fuerza y el coraje allí donde la veía.

Obi-Wan se dio cuenta de que no era Bant lo que le separaba de Qui-Gon. Eran los propios sentimientos del Maestro Jedi. Ya lo sabía, pero no quería aceptarlo.

—Tendremos que intercambiar las túnicas —dijo Qui-Gon—. Todo lo que llevéis encima tiene que ser nuestro. No podemos subestimar a Xánatos. El parecido tiene que ser inmejorable.

De repente, Tahl se asomó por la puerta. Sus ojos invidentes se clavaron en Qui-Gon. Su habilidad para localizar a las personas por la voz era excepcional.

—Qui-Gon, quizá tengamos un problema —dijo—. Aunque sabe que no tiene permiso para recorrer el Templo, Bant ha desaparecido.

Garen y Obi-Wan se miraron. Ambos sabían la razón por la que Bant se había ido sin permiso.

En ese momento, sonó el intercomunicador de Qui-Gon. Lo activó.

—Es un placer saludarte de nuevo, Qui-Gon.

Todos se quedaron helados. El tono de burla de aquella voz profunda dejó claro incluso a Ali-Alann y a Garen que se trataba de Xánatos.

—¿Qué quieres? —preguntó Qui-Gon cortante.

—Mi transporte —respondió Xánatos en tono suave—. Con el depósito lleno y en la plataforma de despegue del espaciopuerto. Y que nadie me siga.

—¿Por qué debería dártelo? —le preguntó Qui-Gon con sorna.

—Mmmm. Interesante pregunta. Quizá porque me he topado con una amiga vuestra en el túnel de agua. Creo que es buena idea que la chica pez se quede conmigo un tiempo. A no ser que tengas algo que objetar.

Obi-Wan supo enseguida a quién se refería Xánatos. Bant. Había secuestrado a Bant.

Qui-Gon apretó tanto el intercomunicador que a Obi-Wan le sorprendió que no lo destrozara. Tahl se agarró al marco de la puerta. Garen dio un paso adelante, como si pudiera extender el brazo y agarrar a Xánatos por el intercomunicador. Obi-Wan fue el único en permanecer quieto. La sangre se le había helado y los músculos se le habían vuelto de piedra.

—¿Hacemos el trato? —preguntó Xánatos—. Entregadme mi transporte y yo os devuelvo a la chica. Tenéis quince minutos. Nada más.

—¿Cómo sé que tienes a Bant? —preguntó Qui-Gon. Segundos más tarde, una voz firme se oyó al otro lado del intercomunicador.

—Qui-Gon, no lo hagas. Estoy bien. No quiero que… La voz de Bant se cortó de repente y el intercomunicador se apagó.

Capítulo 13

Qui-Gon entró en el dormitorio de Tahl para hablar con ella. Ali-Alann y Garen le siguieron. Obi-Wan seguía sin poder moverse.

Era como si su cuerpo hubiera tomado el control y se negara a escuchar a su mente. Daba igual que intentara mover las piernas con todas sus fuerzas, no se movían. Era algo que no le había pasado nunca, en ninguna batalla. Ni siquiera cuando mataron a Cerasi delante de él.

Las palabras cruzaban rápidamente por su cabeza, como cifras cayendo por una pantalla de datos.

Es culpa mía. Es culpa mía. Bant morirá. Morirá. Xánatos no tendrá piedad. Ella morirá. Y será culpa mía otra vez…

Bant y Cerasi se unieron en su mente. El dolor aullaba dentro de su cuerpo y le tiraba del estómago y de la garganta. No podía deshacerse de él.

La pérdida de Cerasi recorrió su cuerpo como un escalofrío, tan penetrante como el momento en el que vio desaparecer la vida de sus ojos verdes. Se fue para siempre. Durante el resto de sus días, pensaría en ella, la necesitaría, se volvería para decirle algo, pensaría en llamarla…; pero nunca más la tendría a su lado.

Quería tanto a Bant como había querido a Cerasi. ¿Por qué le había hablado con tanta dureza? ¿Cómo había podido sospechar que la persona que le profesaba el cariño más sincero que había conocido conspiraba en su contra? Ella nunca habría intentado ocupar su lugar junto a Qui-Gon. Estaba tan seguro como de que se llamaba Obi-Wan Kenobi. Sus palabras habían surgido de la amargura, del cansancio y de su propia vergüenza. No habían sido sinceras.

Bant siempre decía la verdad. Era una amiga muy valiosa.

Y la iba a perder. La perdería para siempre.

Culpa mía.

Si Bant moría, el dolor le destrozaría.

Se inclinó y miró hacia el suelo. Tenía el corazón como si acabara de pelear. Se tragó su pánico, pero no pudo eliminarlo. Seguía trepando por su garganta una y otra vez, ahogándole.

Oyó a alguien que se acercaba hacia él, pero se detuvo. Reconoció los pasos de Qui-Gon.

No. No quiero que me vea así.

Luchó por recobrar la entereza, pero el pánico era demasiado real. El miedo le atenazaba la garganta y agarrotaba sus músculos. No podía moverse.

Vio las botas de Qui-Gon detenerse frente a él. Y entonces, para su sorpresa, el hombre se agachó junto a él y le habló al oído.

—No pasa nada, Obi-Wan —dijo Qui-Gon amablemente—. Lo entiendo.

Obi-Wan negó con la cabeza. Qui-Gon no podía comprenderlo.

—Nunca temas a tus propios sentimientos, Obi-Wan —dijo Qui-Gon—, pueden orientarte si los controlas.

—No…, no puedo —consiguió decir Obi-Wan. Cómo odiaba admitir su debilidad ante Qui-Gon. Pero no podía mentir.

—Claro que puedes —dijo Qui-Gon con la misma dulzura—. Yo sé que puedes. Eres un Jedi. Te concentrarás. Encontrarás tu centro de calma. No intentes anular el miedo. No dejes que te aferre. Si dejas que fluya libremente, se irá. Respira.

Obi-Wan respiró. Una pequeña parte del pánico soltó a su presa. Respiró de nuevo y sintió el miedo creciendo en su interior. Esta vez no luchó contra él, sino que lo imaginó moviéndose con su respiración, abandonando su cuerpo lentamente. Sus músculos se relajaron levemente.

—Rescataremos a Bant —prosiguió Qui-Gon—. Venceremos a Xánatos y acabaremos con él.

El pánico disminuía, pero no la vergüenza.

—Yo le hice daño —lo dijo de forma entrecortada, entre los espasmos del hipo—. Yo hice que se fuera.

—Ah —dijo Qui-Gon—. ¿Fuiste tú el que la enviaste a Xánatos? Hablar con dureza a un amigo está mal, Obi-Wan, y generalmente conduce a una disculpa, pero las palabras no suelen provocar lo que ocurre después. Bant lo sabe. Su secuestro no es culpa tuya, y ella será la primera en decírtelo. Sabía perfectamente que no debía ir sola por los túneles acuáticos.

Obi-Wan siguió con la mirada fija en el suelo. Se aferró a la calma que le inspiraba Qui-Gon como a un salvavidas y se esforzó por encontrarla dentro de sí mismo. Sabía que Qui-Gon estaba ansioso por encontrar a Bant y que no podía esperar para librar al Templo de Xánatos. Aun así, se había agachado a su lado dispuesto a esperar a que se le pasara el pánico.

—Quieres volver con los Jedi —continuó Qui-Gon—. Pues bien, sé un Jedi. Éste es el momento. Ahora es exactamente cuando tienes que hacerlo. El peor momento es aquel en el que tienes que acatar el Código. Aleja las dudas y deja que la Fuerza fluya en tu interior.

Obi-Wan alzó la cabeza y su mirada se encontró con la de Qui-Gon. Ahora podía sentir la Fuerza fluir entre ellos, uniéndose y rodeándoles. Y entonces supo que juntos podían vencer a Xánatos. Podía apartar sus dudas y creer.

Qui-Gon apreció el cambio en su rostro.

—¿Estás preparado?

Obi-Wan asintió.

—Entonces vamos —Qui-Gon se incorporó. Obi-Wan vio que sus piernas se movían perfectamente. La extraña parálisis había desaparecido.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Obi-Wan.

—Cuando el enemigo ataca por sorpresa, las cosas cambian —dijo Qui-Gon—, pero si el plan es bueno, no hay razón para abandonarlo.

Capítulo 14

Tahl envió a DosJota a hacer un recado mientras Qui-Gon y Obi-Wan intercambiaban la ropa con Garen y Ali-Alann.

—Tus botas son enormes —dijo Garen intentando andar con ellas por la habitación de Tahl.

—No, son las tuyas las que son pequeñas —dijo Obi-Wan entrecerrando los ojos.

Qui-Gon y Tahl estaban en una esquina hablando en voz baja por el intercomunicador con Miro Daroon. Sus voces se mezclaban, se interrumpían y hablaban rápido y de forma resuelta. Consultaban sobre la estrategia y decidían lo que debían decir Qui-Gon y Obi-Wan en la grabación de voz.

Cuando Tahl y Qui-Gon cortaron la comunicación, Obi-Wan y el Maestro Jedi repasaron una y otra vez lo que dirían en la grabación. Qui-Gon le había dicho a Obi-Wan que el ritmo de la conversación debía ser natural. Era perfectamente normal que dudaran y se interrumpieran mutuamente, pero la información tenía que ser exacta.

La conversación tenía que ser registrada en el pasillo. El sonido de fondo y el ruido de ambiente tenían que parecerse a los de la zona en la que DosJota les escucharía. Ali-Alann y Garen permanecían uno en cada extremo del pasillo para impedir el paso. También vigilaban a DosJota.

Mientras preparaban todo, Obi-Wan sentía una constante tensión en su interior. Había conseguido deshacerse del miedo gracias a Qui-Gon. Ahora tenía que encontrar su centro de calma. Estaba impaciente por atrapar a Bruck y a Xánatos; pero la impaciencia no era un buen aliado de guerra, sino más bien un enemigo. Qui-Gon se lo había repetido muchas veces. Obi-Wan intentó adoptar la compostura de Qui-Gon. El Caballero Jedi se mostraba completamente tranquilo, aunque Obi-Wan podía apreciar la rapidez y seguridad en sus movimientos y en su forma de hablar. En muy poco tiempo, todo el mundo tuvo claro lo que tenía que hacer y se colocó en su posición.

Qui-Gon activó la grabación de voz.

—Hemos de hablar, Obi-Wan. Tenemos que hacer algo rápidamente. Sin duda, Xánatos ha sacado a Bant de los túneles de agua. Comenzaremos la búsqueda en el ala norte del Templo. ¿Tienes los sensores de infrarrojos?

—Aquí los tengo —respondió Obi-Wan—. ¿Dónde estarán los otros equipos de búsqueda?

—Registrarán el piso superior del ala norte mientras nosotros nos ocupamos del inferior. Nos encontraremos a medio camino y cerraremos el ala norte para pasar al ala sur. Al final los atraparemos.

—No sé por qué tenemos que dejar el transporte de Xánatos en la plataforma de despegue —protestó Obi-Wan—. ¿Por qué darle lo que quiere?

—Porque podría estar siguiendo nuestros movimientos para asegurarse de que se lo damos. No podemos poner a Bant en peligro. Paciencia, Obi-Wan. Xánatos nunca llegará al transporte.

—No puedo evitarlo —dijo Obi-Wan con rabia y elevando la voz—. ¡Quiero enfrentarme a ellos!

Qui-Gon quería que Obi-Wan pareciera impaciente para que Xánatos pensara que el chico estaba a punto de perder el control. Si Xánatos subestimaba a Obi-Wan, tendrían ventaja en la batalla.

—Contrólate —dijo Qui-Gon severo—. Ahora, mientras buscamos, recuerda que Miro va a desconectar el sistema eléctrico. No podemos correr el riesgo de que fallen otros sistemas mientras investigamos. Miro tendrá que apagar el sistema para ejecutar un programa que encuentre los virus informáticos.

—¿Nos quedaremos sin energía por completo? —preguntó Obi-Wan.

—Sí. Miro tendrá que apagar el sistema hidráulico, el de comunicaciones, el de energía y, por último, el de seguridad. El apagón durará doce minutos. Entonces, Miro volverá a activar los sistemas empezando por el de seguridad. Es un riesgo necesario. Ahora vamos al ala oeste.

Qui-Gon y Obi-Wan se dirigieron al túnel de transporte. En cuanto doblaron la esquina, Qui-Gon desactivó la grabación y se la dio a Garen y Ali-Alann. En unos instantes, Tahl llamaría a DosJota. Ali-Alann y Garen se harían pasar por Qui-Gon y Obi-Wan y transmitirían la conversación mientras DosJota estuviera escuchando cerca. Esto daría tiempo a Obi-Wan y a Qui-Gon para tender la emboscada a su adversario.

Qui-Gon suponía que Xánatos estaría espiándoles para saber si iban a darle lo que pedía. Gracias a la conversación grabada, creería tener el terreno despejado.

—Vosotros dos haced como que seguís el plan —ordenó Qui-Gon a Ali-Alann y Garen—. Id a investigar el ala norte e intentad moveros por las zonas menos iluminadas, por si a Xánatos o a Bruck se les ocurre ir a asegurarse.

Ali-Alann y Garen asintieron.

—¿Y yo qué hago, Qui-Gon? —preguntó Tahl en voz baja.

—Tu trabajo ya está hecho, amiga mía —dijo Qui-Gon—. Ahora nos toca a Obi-Wan y a mí.

—Que la Fuerza os acompañe —murmuró Tahl.

—Que nos acompañe a todos —respondió Qui-Gon lentamente. Hizo un gesto a Obi-Wan y ambos se dirigieron al túnel de transporte.

—¿Adónde vamos? —preguntó Obi-Wan.

—A la última parada de Xánatos —respondió Qui-Gon—. Todas sus acciones nos han conducido hasta aquí. Capturar a Bant sólo ha sido un extra en su juego, ahora la puede utilizar para recuperar su transporte. Sabía que Miro acabaría teniendo que apagar todo el sistema, incluyendo el de seguridad. En esos preciosos minutos en los que el sistema de seguridad no esté activado, será cuando Xánatos ataque.

¡Claro!

—Va a por el vértex de la Cámara de Seguridad —dijo Obi-Wan.

—Y nosotros estaremos esperándole —replicó Qui-Gon con expresión severa.

Capítulo 15

La Cámara de Seguridad había sido construida como una caja fuerte. No podía accederse a ella mediante el turboascensor. La única entrada era una escalera que bajaba directamente desde la Sala del Consejo Jedi. El acceso estaba limitado a los miembros del Consejo, que tenían que pasar por un escáner de retina para poder entrar. El permiso de entrada tenía que ser recibido y registrado en el sistema central.

El cebo de Ali-Alann y Garen les había dado tiempo para montar la emboscada. Yoda arregló todo para que Qui-Gon y Obi-Wan entraran antes de que se desactivara el sistema de seguridad. La antesala previa a la cámara era estrecha y estaba oscura, con las luces a media potencia.

—Faltan tres minutos para que Miro apague el sistema —dijo Qui-Gon a Obi-Wan—. Xánatos y Bruck entrarán a través de uno de los conductos de aire. No esperes para atraparlos. La sorpresa es la clave, pero no actives el sable láser demasiado pronto o el brillo delatará nuestra presencia.

Obi-Wan asintió y agarró el sable láser con los ojos fijos en el techo. Los minutos pasaban lentamente. La falta de ventilación le hacía sudar. Sus dedos resbalaban en la empuñadura del sable. Obi-Wan se secó con rapidez la palma de la mano en la túnica.

El muchacho intentó invocar la calma que mostraba Qui-Gon, pero no podía asimilarla. No sabía por qué tenía tantos problemas con la entereza. Tenía los nervios a flor de piel. No podía pensar en nada que no fuera Bant. ¿Estaría viva o muerta?

Pensar en Bant hizo que el pánico se apoderara de él de nuevo. Obi-Wan luchó contra ello. Salvarían a Bant. Vencerían a Xánatos. Su enemigo no era invencible. Confiaba en la fuerza y en la sabiduría de Qui-Gon.

De repente, las luces se apagaron. Aunque Obi-Wan sabía que eso iba a ocurrir cuando Miro apagara el sistema central, no pudo evitar cierta sorpresa. Hizo un esfuerzo para tranquilizarse.

Un sonido sobre sus cabezas les avisó de que había alguien moviéndose por los conductos de ventilación. Qui-Gon clavó sus entrenados ojos en el conducto más cercano a la puerta del tesoro.

Un momento después, la rejilla se abrió. Xánatos y Bruck bajaron de un salto. Ambos iban de negro y sus siluetas se mezclaban con la oscuridad. Sólo se apreciaba la coleta blanca de Bruck y la pálida tez de Xánatos.

Obi-Wan y Qui-Gon se movieron al unísono y avanzaron rápidamente con los sables láser activados.

La sorpresa en el rostro de Xánatos fue gratificante. Soltó un grito de rabia, retrocedió y llevó su mano al sable láser.

Bruck no era tan rápido. Tropezó y tanteó en busca de su arma. Ya tenía la empuñadura de su sable láser en la mano cuando Qui-Gon, con un delicado movimiento, se lo quitó sin rozarle la piel. No quería herir al chico, sólo capturarle.

Obi-Wan se aproximó a Xánatos mientras Qui-Gon se le acercaba por el otro lado.

Pero, esta vez, fue Xánatos quien les sorprendió. En lugar de intentar escapar saltó hacia delante, agarró a Bruck y puso la luminosa hora roja de su sable en el cuello del chico.

—No os acerquéis más —dijo, desafiándoles con los ojos—. Sabes que lo haré, Qui-Gon.

—¿Xánatos? —los ojos de Bruck temblaban de miedo.

—Cállate —le dijo Xánatos—. Ahora tengo dos rehenes, Qui-Gon —continuó—. ¿Quieres sacrificar dos jóvenes vidas?

Qui-Gon hizo un sutil movimiento hacia Obi-Wan, que notó el fluir de la Fuerza. Qui-Gon le llamaba, intentando decirle algo. ¿Pero qué?

Si el plan es bueno, no hay razón para abandonarlo.

Obi-Wan recordó que Qui-Gon quería que se mostrara impaciente y a punto de perder el control. De esa forma, Xánatos no le vería como una amenaza.

—¿No vas a dejar que se salga con la suya, no? —gritó Obi-Wan con voz desesperada—. ¡Me da igual Bruck! ¡Vamos a por él!

—El chico no tiene piedad, Qui-Gon —dijo Xánatos con voz ronca—. ¿Lo ha aprendido de ti?

Rugiendo, Obi-Wan se lanzó sobre Xánatos. Al mismo tiempo, Qui-Gon se abalanzó a por él. Xánatos arrojó a Bruck hacia delante de un empujón, intentando utilizar al chico para bloquear el ataque de Obi-Wan. Simultáneamente, se adelantó para responder al primer ataque de Qui-Gon.

Bruck cayó al suelo y tanteó para recuperar su sable láser. Obi-Wan saltó para impedírselo, pero Bruck agarró el arma, se echó a un lado y se puso de pie.

—¡Mátala! —gritó Xánatos a Bruck—. ¡Ahora! Bruck salió corriendo de la antesala.

—¡Ve tras a él! —rugió Qui-Gon a Obi-Wan. Obi-Wan corrió detrás de Bruck, pero Xánatos se echó a un lado y le asestó un golpe. Obi-Wan lo esquivó, pero se vio impulsado hacia atrás violentamente. El joven Jedi atacó a Xánatos, pero éste bloqueó todos sus movimientos mientras giraba para evitar a Qui-Gon.

Qui-Gon aumentó el ritmo de sus ataques con decisión, avanzando hacia Xánatos inexorablemente, tan implacablemente que Obi-Wan se vio libre para maniobrar.

No quería dejar a Qui-Gon solo con Xánatos, pero tenía que detener a Bruck. Elegir era imposible, pero no había alternativa.

Abandonó a Qui-Gon y se dirigió a salvar a Bant.

Capítulo 16

Qui-Gon sintió la ira de Xánatos fluyendo por el aire y no dejó que se encontrara con la suya propia. En el pasado había odiado a Xánatos, pero no podía vivir con el odio y seguir siendo un Jedi. No odiaba a su enemigo, sólo quería detenerle. Había una diferencia. Sabía que Xánatos quería verle utilizar su odio y su ira, y que, por encima de todo, quería demostrar que Qui-Gon Jinn podía violar el Código Jedi. Ésa sería su victoria.

Qui-Gon halló el centro de su voluntad y su tranquilidad incluso mientras volteaba, saltaba por el aire y se acercaba a Xánatos por un lado y luego por otro. Su voluntad chocaba contra la de su antiguo aprendiz.

Xánatos saltó hacia atrás dos veces y luego se cambió el sable de mano para atacar a Qui-Gon desde otro ángulo. Esta habilidad era nueva. Ahora, Xánatos era ambidiestro. Qui-Gon tendría que estar alerta por si había cambios repentinos en los ataques. El Maestro Jedi esquivó un golpe de Xánatos con un inesperado revés, y luego giró sobre sí mismo para asestarle un gancho en la barbilla. Xánatos se anticipó al movimiento y se echó hacia atrás, pero Qui-Gon ya lo había supuesto y Xánatos escapó a su siguiente estocada por los pelos. Pudo ver el disgusto en sus ojos.

Xánatos se dio la vuelta y echó a correr. Qui-Gon le persiguió, subiendo sin esfuerzo por las escaleras, e irrumpió en la Sala del Consejo Jedi.

La Fuerza le indicó que se agachara y Qui-Gon se arrojó al suelo hacia la izquierda. Una mesita impulsada por la Fuerza chocó contra la pared a sus espaldas. Qui-Gon se agachó al ver que detrás venía un monitor, que quedó destrozado al impactar contra la pared detrás de su cabeza. El Maestro Jedi saltó hacia delante y se acercó a Xánatos con una serie de veloces embestidas.

—La edad te ha vuelto más lento, Qui-Gon —jadeó Xánatos—. Hace cinco años habrías acabado conmigo en la Cámara de Seguridad. Ahora soy más rápido que tú.

—No —dijo Qui-Gon mientras los sables entrechocaban—, tan sólo hablas más.

El Maestro Jedi rodeó a Xánatos, buscando un punto desde el que atacarle. Xánatos siguió moviéndose, mientras, ayudado por la Fuerza, mantenía las sillas del Consejo suspendidas entre ellos. Xánatos arrojó una de ellas contra la pared y luego saltó.

La batalla se tornó aún más feroz. Los sables láser se entrelazaban una y otra vez mientras los dos contendientes intentaban ganar ventaja sobre su adversario.

—Ríndete, Qui-Gon —gruñó Xánatos—. Sobreviviré a la lucha, te mataré aquí mismo y luego me llevaré el vértex. Tus maravillosos Jedi tendrán que arreglárselas sin ti.

Qui-Gon bloqueó un golpe bajo.

—Tus pequeños errores siempre han sido tu perdición.

—Yo… no… cometo… errores… —Xánatos masculló las palabras dando un paso involuntario hacia atrás ante la furia del ataque de Qui-Gon.

—Tus pies te delatan —respondió Qui-Gon, tomando la delantera con un golpe oblicuo—. No te das cuenta de hasta qué punto delatas tu siguiente movimiento. Veo cómo tu cuerpo se ladea ligeramente. Estás dejando caer tu peso sobre el pie izquierdo. Vas a moverte hacia la izquierda.

Xánatos cambió de lado. Qui-Gon, que ya lo había supuesto, se abalanzó hacia delante. Xánatos chocó contra la pared. El sable láser casi se le cayó de las manos.

Aprovechando la ventaja, Qui-Gon saltó sobre él, pero Xánatos volvió a cambiarse el sable de mano y esquivó el golpe de Qui-Gon mientras cruzaba la habitación. Xánatos agarró el sable láser y cortó un agujero en la ventana que daba a las elevadas torres de Coruscant.

La ventana cayó. Con los ojos fijos en Qui-Gon, Xánatos sonrió.

—Nunca me vencerás, Qui-Gon Jinn. Ésa es tu maldición.

Y saltó al vacío.

Capítulo 17

Dado que los turbotransportes no estaban operativos, Obi-Wan tuvo que perseguir a Bruck por pasillos y escaleras. Los ruidosos pasos de Bruck delataban su posición. El chico nunca había tenido unos pies silenciosos.

Obi-Wan se dio cuenta enseguida de que Bruck se dirigía a la Estancia de las Mil Fuentes. ¿Qué mejor sitio para esconder a Bant que bajo el agua?

Obi-Wan se introdujo en la sala y vio a Bruck corriendo por uno de los caminos que se curvaban sobre el césped. Obi-Wan corría en silencio, con la esperanza de poder sorprender a Bruck por la espalda.

Pero, un momento antes de alcanzarle, Bruck salió del camino y cambió de dirección. Había aprendido de la astucia de Xánatos.

La Fuerza advirtió a Obi-Wan del ataque un segundo antes. De no ser así, habría acabado ensartado en el sable de Bruck, que apareció ante él atacándole a dos manos.

Obi-Wan tuvo por un momento una sensación de irrealidad, como si estuviera en un sueño. Su antiguo adversario avanzaba con un brillo de ira y rivalidad en la mirada. Todo le resultaba tan familiar. La postura agresiva de Bruck, sus ojos pequeños y enfadados y cómo agarraban sus dedos la empuñadura del sable láser.

Pero ahora no estamos en clase. Esto es real. Quiere matarme.

Obi-Wan rechazó el golpe y giró para ponerse a la defensiva, pero Bruck había ganado fuerza además de estrategia y, tras bloquear el ataque de Obi-Wan, se abalanzó de nuevo sobre él.

—He aprendido bien, ¿verdad? —preguntó Bruck mientras mostraba sus fieros ojos azul claro—. Xánatos me mostró el auténtico poder. ¡Los Jedi se arrepentirán de haberme rechazado!

—Nunca te rechazaron —dijo Obi-Wan, esquivando el golpe de Bruck. Luego se quedó a la defensiva, esperando el siguiente ataque. Si tiraba de la lengua a Bruck, quizá pudiera encontrar a Bant. Mientras esquivaba y golpeaba, sus ojos escrutaban el lugar. Obi-Wan buscaba una pista que le indicara en qué lugar bajo la pulida superficie de las lagunas que le rodeaban se encontraba su amiga.

—¡Nadie me escogió como padawan! —gritó Bruck, gruñendo mientras asestaba un golpe brutal hacia las piernas de Obi-Wan.

Obi-Wan saltó hacia atrás.

—Sería porque no estabas preparado.

—¡Estaba preparado! —gritó Bruck. Su expresión se tornó astuta—. Más preparado que tú, Obi-Wan. Tú eres el que ha deshonrado a la Orden.

Obi-Wan sabía que Bruck intentaba hacerle perder los nervios, y las palabras habían dado en el blanco. Su siguiente golpe estuvo movido por la rabia. Vio la sonrisa satisfecha de Bruck.

Sí. Bruck había aprendido bien de Xánatos.

—Siempre fui mejor que tú —le tanteó Bruck—. Ahora, además, soy más fuerte.

Pero Obi-Wan sabía que él también era más fuerte.

Gracias a Qui-Gon era un luchador más inteligente, más sensato y con mejor estrategia.

Mientras no me deje llevar por la ira.

Obi-Wan recordó que Qui-Gon le había dicho tras la batalla en la plataforma que Xánatos le había apartado sutilmente de lo que quería ocultar: el deslizador aéreo. Ahora, Obi-Wan se preguntaba si el aprendiz había aprendido del Maestro. ¿Estaría Bruck alejándole lentamente del lugar donde ocultaba a Bant?

Dando un gran salto, Obi-Wan lanzó un ataque repentino. Sus furiosas embestidas hicieron retroceder a Bruck. Obi-Wan siguió atacando, llevándole por el camino. El sudor emanaba de su cuerpo mientras blandía incesantemente el sable láser, atacando a Bruck desde todos los ángulos.

Se hallaban cerca de la cascada principal. Normalmente, el agua caía a una profunda laguna, pero como Miro había desconectado todos los sistemas, la cascada estaba seca.

Pero la laguna no. A Obi-Wan casi se le paró el corazón cuando vislumbró un brillo celeste bajo el azul zafiro del agua. ¡La túnica de Bant! El miedo casi le hizo atragantarse, pero se esforzó por mantener la calma. Obi-Wan hizo retroceder a Bruck inexorablemente hasta que llegaron a la orilla del agua.

Bant estaba en el fondo. Tenía el tobillo encadenado a una pesada ancla. Obi-Wan se sintió aliviado al ver unas pequeñas burbujas emergiendo a la superficie. Seguía viva.

Bant podía aguantar bajo el agua mucho rato, pero necesitaba oxígeno para respirar. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí abajo?

—No tiene buena pinta, ¿verdad? —comentó Bruck mientras se aprovechaba de la distracción de Obi-Wan para asestarle un golpe a dos manos.

Obi-Wan alzó el sable láser y rechazó el ataque. Mientras temblaba por el impacto, gritó el nombre de Bant, apelando a la Fuerza para llegar a ella.

Los ojos de Bant se abrieron lentamente y luego parpadearon, pero apenas pareció ver a Obi-Wan. Cerró los ojos de nuevo.

¡Aguanta, Bant!

Pero Obi-Wan no percibió respuesta alguna. La Fuerza en el interior de Bant se desvanecía. Podía sentirlo. Bant estaba a punto de morir.

—Así es, Obi-Wan —le tanteó Bruck—. Bant se muere. Y yo no tendré que mover un dedo. Sólo dejaré que lo presencies. La habríamos liberado si hubiéramos conseguido el tesoro, pero otra persona morirá ante ti. Delante de tus ojos. Como tu amiga Cerasi. Oí a los otros Jedi contar cómo le fallaste.

Al oír el nombre de Cerasi, algo se rompió dentro de Obi-Wan. La entereza por la que había luchado se desvaneció. El muchacho atacó a Bruck con furia, sin preocuparse por la estrategia o la elegancia.

Sorprendido, Bruck retrocedió por el montículo que formaba la cascada. Era una escarpada cuesta rocosa por la que resultaba peligroso andar. Obi-Wan iba a por Bruck sin piedad, empujándole hacia arriba para hacerle perder el equilibrio. Sus sables láser se

enredaban. Obi-Wan asestaba cada golpe con todas sus fuerzas, lo que le provocaba un intenso dolor en los músculos de los brazos. Las botas de Garen le venían pequeñas y le dificultaban el paso.

Bruck llegó al punto más alto de la colina, plantó los pies firmemente en el suelo y blandió el sable hacia Obi-Wan, apuntándole al pecho. Obi-Wan se ladeó para esquivar el golpe, pero las rocas cubiertas de musgo le hicieron resbalar y se cayó sobre una rodilla. El dolor le atravesó el cuerpo, seguido por el miedo.

Si perdía el combate, Bant moriría.

Todavía sobre una rodilla, Obi-Wan se las arregló para rechazar los ataques de Bruck. Había dejado entrar a la rabia en su corazón… Y eso resultaba mortal en batallas tan intensas.

La debilidad muscular que había sentido en la habitación de Tahl volvió. Apenas podía mover el sable láser para rechazar los golpes de Bruck. Intentó utilizar la Fuerza de nuevo, pero parecía tan resbaladiza como las rocas cubiertas de musgo.

—Adiós, Obi-Patán —dijo Bruck burlón.

Bruck le había puesto ese mote cuando estudiaban en el Templo, burlándose de sus largas piernas y de sus ocasionales tropiezos durante los entrenamientos.

Al recordar la crueldad de Bruck, una repentina pasión por la venganza creció en Obi-Wan. Había ignorado esa crueldad en el pasado, pero ahora era peligrosa. Xánatos le había convertido en un asesino.

La ira creciente le nubló la vista. Odiaba a Bruck más que a cualquier criatura viviente. La ira no dejó espacio para la Fuerza, sino que creó un vacío que él llenó de rabia. La rabia se unió al miedo y al pánico, y creó una oscura nube que amenazaba con apoderarse de él por completo.

Bruck observó el cambio en sus ojos. Sus propios ojos azules brillaron con cruel satisfacción. A continuación agarró la empuñadura del sable láser con ambas manos y lo alzó.

En esa milésima de segundo, Obi-Wan contempló las semillas de su propia derrota.

Este es el momento. El peor momento es cuando tienes que acatar el Código.

Aleja tus dudas, padawan, y deja que la Fuerza fluya en tu interior.

Obi-Wan alzó el sable y dejó fluir la ira y el miedo en su interior, expulsándolos con cada exhalación. Miró en su interior y buscó el centro de su calma.

Bruck, confiado, hizo descender su sable, pero Obi-Wan detuvo el golpe. La distracción le costó cara a Bruck. Obi-Wan se levantó y subió a la cima de la colina. Llegó justo en el momento en el que Bruck le asestaba el siguiente golpe. Obi-Wan lo esquivó, pero no consiguió mantener el equilibrio lo suficiente para contraatacar. No importaba. Había recobrado la calma. Podía recuperar el equilibrio. Ahora sabía que podía vencer a Bruck.

Pero Bruck estaba igualmente seguro de su victoria. La caída de Obi-Wan y su paso inseguro le habían convencido de que la batalla era suya. La debilidad de Bruck siempre había sido su exceso de confianza, cuando pensaba que estaba a punto de ganar…

Obi-Wan rodeó a Bruck y, poniendo en práctica una nueva estrategia, saltó desde una roca, pasó por encima de su adversario y cayó a sus espaldas. Sólo necesitaba un momento para mirar el cronómetro sin que Bruck se diera cuenta.

Miro iba a apagar los sistemas durante doce minutos. Sólo le quedaban unos doce segundos antes de que Miro comenzara a reactivar los diferentes sistemas, uno por uno. En primer lugar, el de seguridad. Luego, los sistemas hidráulicos.

Obi-Wan se adelantó y empujó a Bruck hacia el lecho seco de la cascada. El joven Jedi siguió rechazando los golpes y atacando, pero bajó un poco la intensidad de sus ataques para que Bruck siguiera confiándose.

—¿Te cansas, Obi-Patán? No te preocupes. No tardaré mucho en acabar contigo.

Obi-Wan vio por el rabillo del ojo la luz roja de seguridad del panel de servicio. Pronto llegaría el agua.

La coleta de Bruck se agitó cuando el muchacho giró para atacar a Obi-Wan por la izquierda. En lugar de parar el golpe, Obi-Wan se apartó a un lado. El impulso arrojó a Bruck al lecho seco de la cascada.

Obi-Wan oyó un estruendo distante. Si Bruck lo escuchó, no llegó a entender su importancia. Todo su ser estaba orientado hacia la ira y el deseo de victoria.

El agua manó de las tuberías ocultas y salió a borbotones formando un torrente. Obi-Wan había medido su contraataque, y Bruck se vio de repente rodeado de agua. Apenas podía mantenerse en pie, pero consiguió blandir el sable láser una vez más para asestarle otro golpe a Obi-Wan…

El sable dio en el agua y se apagó con un zumbido.

—Ya está, Bruck —dijo Obi-Wan—. Ríndete.

—¡Jamás! —gritó Bruck con fiereza y con los ojos aún llenos de odio.

El rostro de Bruck se deformó en una mueca de rabia frustrada. Se inclinó para buscar algo que arrojarle a Obi-Wan, quizás alguna de las rocas que había bajo la cascada, pero el agua lo empujaba y le hizo resbalar en las rocas cubiertas de musgo. Bruck perdió el equilibrio y retrocedió tropezando hasta el mismo borde de la cascada. Allí, se tambaleó un momento en el borde, con los ojos llenos de incredulidad y pánico.

Con un movimiento fluido, Obi-Wan desactivó su sable láser, saltó hacia delante y alargó una mano hacia Bruck para ayudarle a ponerlo a salvo.

Pero era demasiado tarde. Bruck, presa del pánico, empezó a agitar los brazos y se desequilibró aún más. Cuando cayó de espaldas al vacío, Obi-Wan sintió cómo las puntas de los dedos de su oponente acariciaban las suyas durante un instante.

Obi-Wan dio un paso adelante y su rostro se contrajo en una expresión de disgusto. El cuerpo de Bruck golpeó contra una roca, cayó y dio contra otra. Finalmente aterrizó en la hierba seca junto a la cascada. Tenía la cabeza ladeada de forma antinatural y estaba inmóvil.

Obi-Wan reunió la Fuerza en su interior y saltó desde lo alto de la cascada.

Cayó en el agua, lejos de las rocas, y se impulsó por el agua fría. Nadó rápidamente hasta la orilla y saltó a la hierba. Una vez junto a Bruck, le buscó el pulso.

Estaba muerto. Obi-Wan supuso que había muerto en el acto. Tenía el cuello roto.

No tenía tiempo de pararse a pensar lo que sentía. Tenía que salvar a Bant. Obi-Wan buscó en los bolsillos de la túnica de Bruck, con la esperanza de encontrar una llave que le permitiera soltar las cadenas de Bant. Estaba seguro de que Xánatos le había dado a Bruck los medios para liberar a Bant, y también para dejarla morir.

Sus dedos tocaron un pequeño cuadrado de duracero agujereado. Tenía que ser la llave.

Obi-Wan cogió aire y se sumergió en el agua. Nadó hasta Bant, agarró la cadena e introdujo el cuadrado de duracero en el candado. La cadena se soltó.

Obi-Wan cogió a Bant y la apretó contra su pecho. Pesaba tan poco como un puñado de nieve.

El muchacho subió a la superficie jadeando y nadó hasta la orilla. Salió del agua y tumbó a Bant con cuidado en el césped.

La chica calamariana abrió los ojos.

—Respira —le suplicó él.

Ella cogió aire una vez, y después otra. El color volvió a sus mejillas.

Obi-Wan apoyó su cabeza en la de ella y la rodeó con sus brazos. Sus cálidas lágrimas se mezclaron con la fría humedad de la piel de Bant.

—Lo siento tanto —dijo él—. Lo siento tanto. Todo es culpa mía.

Bant tosió.

—No… —dijo.

¿No qué? ¿Que no la abrazara?

—No es… necesario —consiguió decir ella.

Las cosas todavía no estaban resueltas entre ellos. Él necesitaba decir muchas cosas, pero no podía dejar a Qui-Gon luchando solo con Xánatos ni un minuto más.

—Tengo que ayudar a Qui-Gon —dijo él—. ¿Estarás bien?

Bant, que ya respiraba mejor, asintió con energía.

—Estoy bien. Vete. Tú eres su padawan. Te necesita.

Capítulo 18

Qui-Gon se movió con rapidez y salió por la ventana rota en pos de su adversario. Como Xánatos, él también sabía que ahí fuera había un saliente estrecho que discurría bajo los ventanales.

Utilizó la Fuerza para controlar el salto y cayó sobre el saliente. Xánatos se alejaba de él. Qui-Gon adivinó que se dirigía hacia el sur, donde, quince pisos más abajo, estaba la plataforma de aterrizaje.

Qui-Gon veía las delgadas agujas y las torres de Coruscant. Los aereotransportes zumbaban a su alrededor. Un aerotaxi pasó cerca y uno de los pasajeros se quedó atónito al ver a los dos hombres en una cornisa a cientos de kilómetros del suelo.

El viento era muy fuerte a aquella altura y se elevaba en corrientes lo suficientemente potentes como para hacer tambalearse a Qui-Gon. El Maestro Jedi se agarró al alféizar que había sobre su cabeza para poder aguantar un golpe de viento, y luego continuó. Xánatos iba rápido, pero Qui-Gon sabía que podía alcanzarle.

Xánatos miró hacia atrás e hizo una mueca. El viento azotaba su pelo negro y sus ardientes ojos azules parecían los de un trastornado. Poco a poco, el viento amainaba. Qui-Gon avanzaba con rapidez, casi corriendo.

Alcanzó a Xánatos antes de llegar a la plataforma de aterrizaje. No podía dejar que se acercara demasiado a esa zona.

Qui-Gon activó el sable láser y atacó. Éste era el momento y ésta era su decisión. Mataría a Xánatos ahí mismo. No movido por la ira, sino por la certeza de que su maldad tenía que ser detenida.

Los dos contendientes lucharon con una concentración fiera. Cada golpe estaba orientado a que el adversario se tambaleara y cayera. Resultaba difícil mantener el equilibrio en el estrecho saliente, y los golpes largos sólo podían darse desde un lado. El contraataque era complicado. Pero Qui-Gon adaptó su estilo al entorno. Daba golpes cortos y, en ocasiones, se apoyaba sobre una rodilla para atacar a Xánatos desde abajo. El Maestro Jedi sintió la Fuerza arremolinándose a su alrededor, segura y potente, apoyando sus instintos y avisándole del siguiente movimiento de Xánatos. Qui-Gon bloqueó cada golpe y contraatacó con más ímpetu. Podía sentir que Xánatos estaba al borde de la desesperación, pero su anterior aprendiz jamás se lo demostraría.

—¿No te has olvidado de algo, Qui-Gon? —le gritó Xánatos por encima del aullido del viento—. La última parte de la ecuación: devastación.

—Empiezas a cansarte, Xánatos —dijo Qui-Gon—, y cuando te cansas dices muchas tonterías —apretó los dientes y descargó un golpe sobre el hombro de su adversario.

Xánatos lo bloqueó.

—¡Tu precioso Templo está condenado! —gritó—. Cuando ese idiota de Miro Daroon active el último enlace del sistema, el horno de fusión explotará. El Templo saltará por los aires. Si no fuera así, ¿De verdad crees que hubiera permitido que los Jedi me siguieran?

Qui-Gon se tambaleó tanto por la sorpresa como por un ataque inesperado de Xánatos. *¿Estaría diciendo la verdad?*

El Maestro Jedi, desesperado, se dio cuenta de que no tenía forma de averiguarlo.

Qui-Gon extendió el brazo y atacó con rabia desde la izquierda. Los dos sables láser entrechocaron. Durante un instante, los rostros de los contendientes estuvieron muy cerca. Los ojos de Xánatos ardían con una extraña luz. La pálida cicatriz semicircular de su mejilla brillaba.

—Aquello que adoras puede destruirte —dijo en voz baja, pero Qui-Gon escuchó bien cada palabra—. ¿No lo has aprendido todavía?

Qui-Gon miró hacia arriba y vio cómo parpadeaban las luces de la Cámara del Consejo. Después del sistema de alumbrado, Miro activaría el sistema de comunicación; y después los propulsores de los turbotransportes del complejo entero. El sistema de aire sería lo último.

Qui-Gon calculó que quedaban unos tres minutos antes de la explosión. Quizá cuatro. Eso si Xánatos decía la verdad.

—No estás seguro, ¿verdad? —se mofó Xánatos—. ¿Dejarás que muera tu precioso padawan para poder matarme? Ya intentó alejarse de ti una vez. ¿Por qué no te libras de él para siempre?

Qui-Gon dudó, con el sable láser en posición de ataque. Sabía que podía vencer a Xánatos, pero ¿cuánto tiempo le llevaría?

En esa milésima de segundo, Xánatos miró hacia abajo. Un aerotaxi volaba a unos veinte metros por debajo de la cornisa. Qui-Gon se abalanzó hacia él, pero Xánatos saltó de la cornisa y cayó sobre el aerotaxi. Qui-Gon pudo apreciar la sorprendida mirada de pánico del conductor cuando Xánatos le levantó tranquilamente del asiento y lo dejó caer al vacío.

Qui-Gon tenía menos de un segundo para decidir. Podía saltar, aterrizar en el taxi, forcejear con Xánatos y acabar con todo aquello para siempre.

El segundo transcurrió y Xánatos desapareció. Qui-Gon, furioso, desactivó el sable láser y corrió hacia la ventana abierta.

El Maestro Jedi saltó al interior y corrió, activando el intercomunicador mientras avanzaba. Intentó localizar a Miro, pero los campos de comunicaciones no estaban en pleno funcionamiento.

Estaba a medio camino del turbotransporte cuando se dio cuenta de que éste aún no estaría operativo. La frustración de Qui-Gon se convirtió en pánico. ¿Cómo podría llegar al Centro Técnico a tiempo?

De repente, Obi-Wan irrumpió en el vestíbulo por las escaleras.

—Va a hacer explotar el Templo —le dijo Qui-Gon—. Tenemos que llegar al Centro Técnico.

Obi-Wan ya se había puesto en marcha.

—Sígueme.

Capítulo 19

Mientras corrían por el pasillo, Qui-Gon preguntó cauteloso:

—¿Y Bant?

—Está bien —dijo Obi-Wan brevemente—. Bruck ha muerto.

Un manto de tristeza cubría el rostro de Obi-Wan. Qui-Gon supo que más tarde necesitaría hablar de ello.

—Estudié los diagramas del Templo —le dijo Obi-Wan, cambiando de tema mientras doblaban una esquina—. Llegaremos más rápido si atravesamos la infraestructura del edificio.

Obi-Wan saltó hacia delante y abrió un conducto de ventilación de una patada. Qui-Gon vio que iba descalzo.

—Las botas de Garen entorpecían mis movimientos —explicó mientras se introducía en el conducto.

Qui-Gon le siguió. Descendieron por un corto tramo del conducto de aire y llegaron a una entrada de servicio. Obi-Wan la manipuló, la abrió y subió a través de ella.

Era muy estrecha, pero Qui-Gon lo consiguió. Podía ponerse de pie. Estaban en una pasarela rodeados de maquinaria.

Qui-Gon escuchó un sonido grave y lento.

—Los propulsores están encendiéndose —dijo.

—Por aquí —Obi-Wan descendió por la pasarela, llegó a una escalera vertical y la bajó. Qui-Gon le seguía de cerca.

La escalera les condujo a una puerta de servicio. Obi-Wan la empujó. Habían bajado diez pisos.

—Hay una escalera trasera a la derecha —dijo Obi-Wan a Qui-Gon mientras corrían uno junto a otro por el pasillo—. Nos llevará al túnel horizontal que se emplea para transportar alimentos desde el comedor a la enfermería.

Llegaron al túnel y Obi-Wan le hizo señas a Qui-Gon para que entrara. Qui-Gon se agazapó en el reducido espacio. Obi-Wan se apretó a su lado. Entonces, sin perder el tiempo, Obi-Wan introdujo los comandos adecuados. En cuestión de segundos, ambos se vieron succionados por el túnel hacia una rampa. Cuando llegaron al final, Obi-Wan pateó una puerta para abrirla.

Salieron a una de las salas de descanso de la enfermería. Qui-Gon sabía que estaban en el mismo piso que el Centro Técnico, pero también sabía que un túnel separaba ambas zonas.

Qui-Gon miró su cronómetro.

—Nos queda un minuto —le dijo a Obi-Wan. La cara de Obi-Wan estaba empapada en sudor.

—El conducto del gas —se volvió y echó a correr. Qui-Gon le siguió. A través de una ventana pudo ver que un conducto de aire discurría por el túnel.

—¿Adónde lleva ese conducto?

—Justo donde nosotros queremos —dijo Obi-Wan agarrando con los dedos una rejilla que daba al túnel y sacándola. La arrojó a un lado y se introdujo en el conducto—. Este es el sistema de conducción para el gas que hace funcionar los congeladores empleados para almacenar los medicamentos.

Qui-Gon se metió como pudo por la abertura. El conducto no era lo suficientemente alto como para permitirles ponerse de pie. El Maestro Jedi siguió a Obi-Wan de cerca mientras se arrastraban a toda velocidad por el túnel.

—Obi-Wan, ¿qué pasará si Miro comprueba el funcionamiento del sistema de conducción de gas al activar los conductos de aire? —preguntó Qui-Gon.

Hubo un silencio.

—No estoy seguro —respondió Obi-Wan.

Qui-Gon sabía que el gas era tóxico, pero decidió callárselo. No tenía por qué contárselo a Obi-Wan. El chico se dio cuenta de que algo pasaba y aceleró la marcha todavía más.

Treinta segundos. Qui-Gon intentó moverse con fluidez y elegancia. Era un hombre corpulento, y no era muy rápido a gatas en un espacio reducido. El Maestro Jedi sintió la Fuerza rodeando a Obi-Wan frente a él. En el reducido espacio, parecía vibrar alrededor de ambos, proporcionándoles fuerza y agilidad.

Qui-Gon vio luz. Se estaban acercando a la rejilla.

Obi-Wan se lanzó como un rayo por la abertura y Qui-Gon le siguió. Miro estaba de pie ante la consola, con los dedos volando por los mandos.

—¡Para! —gritaron Obi-Wan y Qui-Gon al unísono.

—No actives el sistema de circulación del aire —le advirtió Qui-Gon—. Tiene una bomba.

No parecía posible que la translúcida piel de Miro pudiera palidecer, pero durante un momento brilló como si fuera un fantasma. El técnico apartó las manos de la consola rápidamente.

—Tenemos que encontrar el virus —dijo Qui-Gon, aproximándose a la consola.

Miro introdujo un código y la pantalla azul que les rodeaba se llenó de números y gráficos.

—Ya hice una comprobación total antes de apagarlo todo —dijo—. No encontré nada. No hay más programas en el sistema que el mío. ¿Estás seguro de eso, Qui-Gon?

—No —dijo Qui-Gon indeciso—. Xánatos puede haber mentido, pero no podemos correr el riesgo.

—Puedo hacer las comprobaciones de nuevo —dijo Miro pulsando botones—. Quizá me olvidé de algo.

Obi-Wan contempló la pantalla azul, intentando descifrar el código del sistema. Qui-Gon se alejó. Sabía que Miro era mucho mejor que él con los sistemas técnicos.

Pero había algo que Qui-Gon podía hacer y que Miro no; entrar en la mente de Xánatos.

Qui-Gon cerró los ojos y recordó la última lucha contra Xánatos en la cornisa. La debilidad de su enemigo era su necesidad de mostrarse fuerte. A menudo, Xánatos hacía comentarios que dejaban entrever a Qui-Gon los diabólicos recovecos de su mente.

Y Xánatos se enorgullecía de su elegancia. Hiciera lo que hiciera, siempre sería retorcido.

Qui-Gon recordó el malvado regocijo que mostraba la expresión de Xánatos. Sí, había algo personal en lo que había hecho. Una bofetada final dedicada a los Jedi.

Aquello que adoras puede destruirte…

Qui-Gon abrió los ojos de par en par.

—Miro, ¿dónde está la fuente principal de energía del sistema? —exclamó.

—En el núcleo central —respondió Miro. A continuación, atravesó la estancia y abrió una puerta de duracero con un letrero que decía: «Horno de fusión»—. Aquí.

Qui-Gon atravesó corriendo la puerta y se encontró en una pequeña sala circular. Una pasarela rodeaba el núcleo central y una escalera bajaba hasta él.

—Éste es el reactor de fusión —explicó Miro—. Las fuentes de energía están alineadas en formación. Bajan hasta una altura de diez pisos. Estoy haciendo una segunda comprobación de las fuentes de energía, pero no he visto nada la primera vez…

—No —murmuró Qui-Gon—. Ni lo verás. El Maestro Jedi bajó por las escaleras.

—No se te ocurra reiniciar el sistema —le gritó a Miro. Qui-Gon no tardó mucho en llegar al núcleo. Lo rodeó despacio, pasando las manos por los distintos cuadrantes y, al cabo de unos segundos, descubrió un compartimento con un letrero que decía: «Acceso al horno de fusión».

Qui-Gon tiró de una palanca y el compartimento se abrió. Escondidos en el interior se encontraban los Cristales de Fuego Sanadores.

Qui-Gon colocó con reverencia los brillantes artefactos en un pliegue de su túnica. Le calentaron la piel de inmediato. A continuación, subió por la escalera hasta Miro y Obi-Wan, que le esperaban ansiosos, y les mostró los Cristales.

—Estaban en el horno de fusión —dijo a Miro.

—Habrían funcionado como una fuente de acumulación de energía —dijo Miro. La voz le falló ligeramente y se aclaró la garganta—. La energía necesaria para reiniciar el sistema les habría hecho provocar una reacción en cadena. Si hubiera girado la llave…

—Lo que adoramos nos habría destruido —terminó Qui-Gon.

Capítulo 20

El Templo volvió a la normalidad mucho más rápido de lo que cualquiera hubiera esperado. Los sistemas entraron en funcionamiento, los estudiantes volvieron a sus habitaciones, llegaron nuevas remesas de alimentos y se retomaron las clases.

Obi-Wan se sentía fuera de lugar. Él no volvía a la normalidad. Seguía recordando el roce de la punta de los dedos de Bruck. De vez en cuando se miraba la mano y abría y cerraba el puño, recordando cómo había agarrado el aire en lugar de coger a Bruck.

Bruck había intentado matar a su amiga y Obi-Wan estaba contento de haberle detenido; pero había sido responsable de la muerte de otra persona, y no podía olvidarlo.

Obi-Wan sólo tenía un objetivo en ese momento: hablar con Bant.

La joven había sido llevada a la enfermería para hacerle un chequeo médico. Se encontraba perfectamente. Lo único que necesitaba era descansar, así que le permitieron ausentarse de las clases durante un día.

Obi-Wan la buscó por todas partes y acabó encontrándola donde menos esperaba: junto a la cascada. Estaba sentada en una roca contemplando el lago donde había estado a punto de morir. Bant siempre se sentaba lo más cerca posible del lago, para que el agua le salpicara suavemente la piel.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó dulcemente Obi-Wan, sentándose a su lado.

—Éste es uno de mis sitios favoritos del Templo —respondió Bant con los ojos plateados fijos en la cascada—. No quiero que lo que pasó aquí estropee esa sensación. Estuve a punto de morir aquí, pero hubo otra persona que perdió su vida. Esta experiencia me ha enseñado más sobre ser un Jedi que mil clases —se volvió hacia Obi-Wan—. Espero que no te culpes por la muerte de Bruck.

—Sé que hice todo lo que pude para salvarle —dijo Obi-Wan—, pero me sigue pesando.

—Es normal —dijo Bant—. Se ha perdido una vida. Cuando estaba vivo, tuvo la oportunidad de cambiar.

—Bant, siento muchísimo lo de… —comenzó a decir Obi-Wan de repente.

—No —le interrumpió Bant con suavidad—. No es necesario que te disculpes. Me salvaste la vida.

—Sí es necesario —dijo Obi-Wan con firmeza—. Lo necesito —se miró las manos posadas sobre su regazo—. Estaba enfadado y celoso, y lo que sentía me importó más que tus sentimientos.

—Estabas preocupado por tu futuro —dijo Bant—. Tenías miedo de perder a Qui-Gon.

Obi-Wan suspiró y contempló la laguna turquesa.

—Creí que podía volver al Templo y que todo sería igual que antes, que el Consejo me perdonaría y me aceptaría de vuelta, y que Qui-Gon cambiaría su forma de pensar. Pero soy yo el que tiene que cambiar. Ahora me doy cuenta de que lo que hice no tiene fácil arreglo. Quizá ni siquiera tenga arreglo. Me he dado cuenta de cómo me ha afectado

lo que hice, y de cómo eso ha influido en la relación entre Maestro y padawan. Ésa es la razón por la que un Jedi tarda tanto en escoger un padawan y por qué lo hace con tanto cuidado. Requiere mucha confianza. Yo me pregunto ¿y si Qui-Gon me hubiera rechazado?, ¿y si se hubiera alejado de mí después de haberle confiado mi vida?, ¿cómo me sentiría? Sí, le perdonaría, pero ¿volvería a unirme a él? ¿Podría depositar en él toda mi confianza? —Obi-Wan miró a Bant a los ojos y sintió desolación en su interior—. Yo no sé la respuesta —concluyó—. ¿Cómo puedo esperar que Qui-Gon la sepa?

—Creo que podrías volver a confiar en él —dijo Bant lentamente—. Y Qui-Gon también en ti. Todo esto acaba de ocurrir. No habéis tenido tiempo de sentaros a pensar, y mucho menos de dialogar entre vosotros. Has pasado por muchas cosas. Algo pasó en Melida/Daan que no quieres contarme —se detuvo—. Cuando estés preparado, me gustaría escucharlo.

Obi-Wan tomó aire. No podía decir su nombre en voz alta, pero supo que tenía que hacerlo. Sabía que, una vez transcurrido ese momento, quizá no volviera a hablar de ella con ningún ser vivo y, en ese instante, algo dentro de él moriría.

—Se llamaba Cerasi —cuando lo dijo, Obi-Wan sintió una intensa punzada de dolor atravesándole, pero también se sintió aliviado al pronunciar su nombre—. Cerasi —repitió. Levantó la cara y sintió el agua salpicándole delicadamente. De repente, se sintió más fuerte, como si el espíritu vibrante de Cerasi estuviera a su lado y le tocara el hombro—. Teníamos una conexión que no puedo explicar. No era porque nos conociéramos desde hacía tiempo, ni el resultado de un montón de horas juntos. No era por haber compartido secretos o confidencias. Era algo más.

—La amabas —dijo Bant. Obi-Wan tragó saliva.

—Sí. Ella me servía de inspiración. Luchamos juntos y confiábamos el uno en el otro. Cuando murió me culpé a mí mismo, y cuando pensé que tú podías morir, supe que no podría soportarlo.

—Sí hubieras podido, Obi-Wan —dijo Bant lentamente—. Todos lo superamos —la joven se apoyó en él con los ojos llenos de lágrimas—. Tú me salvaste la vida. Lo superaremos juntos.

***

Qui-Gon se encontraba en los aposentos de Tahl. Llevaban un rato en silencio. DosJota estaba siendo reprogramado. Por una vez, Qui-Gon echaba de menos su cháchara musical.

—Pronto te reunirás con el Consejo —dijo por fin Tahl—. Si decides volver a tomar a Obi-Wan como padawan, le ayudarás. El Consejo le permitirá volver.

—Lo sé —dijo Qui-Gon.

—Sobre todo teniendo en cuenta lo que ha hecho —añadió Tahl.

—Soy muy consciente de lo que ha hecho. Tahl suspiró.

—Eres un hombre muy tozudo, Qui-Gon.

—No —protestó Qui-Gon—. No soy tozudo, soy precavido. Tengo que estar seguro, Tahl. ¿Y si volver a acoger al chico no fuera justo para él, o para los Jedi? Si no consigo confiar en Obi-Wan, el lazo entre Maestro y padawan acabará rompiéndose.

—¿Y crees que no puedes volver a entregarle esa confianza? —preguntó Tahl.

Qui-Gon se miró las manos apoyadas en el regazo.

—Supongo que ése es mi defecto.

Se hizo de nuevo el silencio entre ellos. Entonces, Tahl cogió un vaso y pasó los dedos por el suave borde. Aunque no podía verlo, lo alzó hacia la luz.

—Qué vaso tan bonito —dijo—. Lo sé aunque no puedo verlo. Lo percibo.

Era muy bonito, pensó Qui-Gon. De un material tan fino que casi se transparentaba, y de un color azul tan claro que era casi blanco. La forma era sencilla, sin asas ni bordes ondulados.

—Lo utilizo aunque sé que podría romperlo —dijo ella. Lo depositó en la mesa con cuidado—. ¿Has oído hablar del planeta Aurea?

—Por supuesto —dijo Qui-Gon—. Aurea es conocido por su bella artesanía.

—Allí viven los mejores sopladores de vidrio de la galaxia —prosiguió Tahl—. Mucha gente se ha preguntado por qué ha avanzado tanto el arte en ese planeta. ¿Serán sus arenas doradas, la temperatura del fuego o la larga tradición? Por lo que sea, Qui-Gon, los habitantes de Aurea fabrican las vasijas más bellas de la galaxia. Son tan valiosas que no tienen precio, pero en ocasiones, por descuido o por accidente, alguna se rompe.

Tahl volvió a coger el vaso.

—A mí también se me podría romper este vaso —continuó—, pero esos artesanos cuentan con una técnica todavía más apreciada que la creación de vasijas. Saben rehacer las que se rompen. Y su arte alcanza su máxima expresión cuando reconstruyen las piezas que se han roto. Cogen los pedazos de algo bello que se ha quebrado y crean algo más precioso todavía. Al final, puedes apreciar las grietas, pero la pieza sigue siendo perfecta. El hecho de que haya estado rota la hace aún más valiosa que antes.

Tahl depositó el vaso azul ante Qui-Gon. El Maestro Jedi se quedó en silencio, asimilando la lección. ¿Podría ser, se preguntó, que el proceso de reconstrucción de su confianza en Obi-Wan no fuera doloroso, sino placentero?

Qui-Gon cogió el delicado vaso. Casi no se veía en su enorme mano. Sus dedos se cerraron alrededor de la frágil forma, pero el vaso no se rompió.

No podía recuperar lo que tuvo una vez, pero ¿y si el sentimiento que estaba por venir era aún más fuerte que antes, precisamente por el hecho de haberse quebrado una vez?

Capítulo 21

Qui-Gon estaba de pie ante el Consejo Jedi con Obi-Wan a su lado. Habían terminado de informar sobre el episodio con Xánatos.

Obi-Wan percibió con disgusto el gesto preocupado de Qui-Gon. Podía sentir el desasosiego que sentía su antiguo Maestro.

Obi-Wan tenía razones para sentirse satisfecho. El Consejo le había dado buenas noticias. Obi-Wan había solicitado humildemente no ser aceptado de vuelta, sino pasar por un periodo de prueba. Y se lo habían concedido. Tendría que quedarse en el Templo y asistir a varias sesiones con diferentes miembros del Consejo. No había recibido lo que quería, sino lo que le parecía correcto.

Pero Qui-Gon no. El Consejo se había opuesto a su deseo de capturar a Xánatos.

—No comprendo vuestra indecisión —dijo Qui-Gon—. Xánatos es un poderoso enemigo de los Jedi.

—Enemigo tuyo es —dijo Yoda con los ojos grises clavados en Qui-Gon—. Infructuosa la búsqueda sería y una pérdida de energía para todos. Demasiada ira en ti percibo, Qui-Gon. A Xánatos volverás a ver, pero buscarle no debes.

—No te lo prohibimos —dijo Mace Windu, pero has de saber que si lo haces, será sin nuestra ayuda.

Qui-Gon no mostró ninguna reacción. Se inclinó rígidamente y se dio la vuelta. Obi-Wan le siguió fuera de la sala.

Permanecieron juntos en la antesala. Obi-Wan vio que Qui-Gon se esforzaba por contener sus emociones y supo que el Caballero Jedi estaba amargamente decepcionado.

—Muchas veces me has dicho que Yoda siempre acaba teniendo razón —dijo Obi-Wan cauteloso—. Aun cuando no lo parece.

—Esta vez no —dijo Qui-Gon con frialdad—. Voy a ir a por él, Obi-Wan.

Asombrado, Obi-Wan se quedó en silencio. Sabía que Qui-Gon respetaba profundamente la voluntad del Consejo. Oponerse a ellos debía de ser muy doloroso.

Entonces se imaginó a Qui-Gon solo, dando caza a su enemigo, y se dio cuenta de una verdad aplastante. Faltaba algo en la imagen. Aunque Qui-Gon no pudiera verlo, Obi-Wan sí podía.

Obi-Wan puso la mano en la empuñadura de su sable láser y cogió aire. No necesitaba detenerse a considerar todas las implicaciones de lo que iba a decir. Sabía que tenía razón.

—Entonces voy contigo —dijo.